

EMILIA PARDO BAZÁN •  
LA NUEVA GENERACION  
DE NOVELISTAS Y CUEN-  
TISTAS EN ESPAÑA • •

No importan los años que cuenten los escritores de que hablaré en este estudio. Haylos muy mozos; otros, ya en la plenitud de la vida. Es lo *nuevo* de su literatura lo que para mí constituye su juventud, y lo reciente de su fama, que en algunos apenas alborea, lo que justifica su inclusión en el catálogo. Debo advertir á mis lectores que en España el calificativo de *joven* suele aplicarse á los autores con escasa exactitud. A veces se les llama *jóvenes* ó porque tras reiterados esfuerzos no han granjeado fama, ó por ganarles la indulgencia del público. ¡Ay de los jóvenes eternos! Son los eternos fracasados.

No tomaré, pues, por norma, ni la juventud física, ni la reciente aparición de una obra celebrada,—y me ceñiré á los escritores que, en la novela ó en el cuento, se hayan dado á conocer ventajosamente de unos cinco años acá. Añadiré que ninguno de ellos se ha impuesto completamente, obteniendo celebridad amplia y ruidosa. Lejos andamos ya del tiempo en que los Zorri-llas y los García Gutiérrez se ganaban en una hora los entorchados, y también de aquella década primera de la Restauración, cuando una novela algo afortuna-

da hacía famoso á un novelista. Hoy la postración se comunica á todo y es difícil salir de la penumbra. Entre literatos se repiten con encomio ó con rabia (es lo mismo) ciertos nombres; pero el público no los aprende. ¿Será que la nueva generación valga menos, intrínsecamente, que sus predecesoras?

Por mi parte diría que los nuevos escritores no son inferiores á los antiguos ni en talento ni en sensibilidad. Acaso tienen hasta percepción más fina de las relaciones y significación de cuanto les rodea. Creyérase, sin embargo, que un genio maléfico les veda expresar y desenvolver esta percepción por modo tan artístico y fuerte como debieran. Agitados por sobreexcitación nerviosa, ó abatidos por una especie de indiferente cansancio, me recuerdan siempre—hablo de los mejores—el impresionante busto de Rodin que representa, si no me engaño, el *Pensamiento*: una interesante testa de mujer, presa por los hombros en informe bloque de arcilla. Los libros de los *jóvenes* son, en general, cortos de resuello; revelan fatiga, y proclaman á cada página lo inútil del esfuerzo y la vanidad de todo. Muéstrase esta generación imbuída de pesimismo, con ráfagas de misticismo católico á la moderna (sin fe ni prácticas), y propende á un neoromanticismo que transparenta las influencias mentales del Norte—Nietzsche, Schopenhauer, Maeterlinck—autores que aquí circulan traducidos.

Sería injusto negar que á los elementos extranjeros se asocia, en las nuevas tendencias, el fondo nacional y regional. El regionalismo latente ha actuado siempre sobre la novela española, hasta cuando se imitaba á Walter Scott, y la irrupción realista y naturalista confirmó la tendencia. Hoy, el estudio del *medio*, la verdad descriptiva, las ideas de herencia y lucha persisten en la novela, si bien el naturalismo ha pasado de moda. Son conquistas definitivas; y por eso la nueva generación, que reniega de sus progenitores, no realizará el imposible de nacer de sí misma.



RAMON PEREZ DE AYALA  
• • EL POEMA DE TU VOZ

I

*Mi vida fué una llanura  
árida y amarillenta;  
yo pensé que era infinito  
desierto; arena y arena.  
Mis días fueron monótonos,  
mis horas fueron gemelas;  
hijas del fastidio todas  
y de la concupiscencia.  
Una caravana triste,  
una caravana lenta,  
de ansiedades, caminaba  
por la llanura desierta.  
El cielo era siempre igual,  
siempre igual era la tierra;  
un gris eterno en la altura,  
abajo aridez eterna,  
sin un oasis amigo  
donde la tupida hierba  
se mostrase tibia, á la  
sombra de alguna palmera.*

*A veces, de tarde en tarde,  
atravesaban la extensa  
bóveda gris, graves aves,  
muy majestuosas, serenas,  
como si fuesen ensueños,  
y otra volaban ligeras,  
en inconstante zig-zag,  
cuando blancas, cuando negras,  
y desaparecían, fugaces;  
como goces, como penas.*

*Los monstruos del huracán  
salían de sus cavernas,  
de tiempo en tiempo, cual vicios,  
y en indómita carrera  
cubrían el horizonte  
con sus corceles de guerra  
—sus crines eran relámpagos  
relámpagos sus cernejas—  
y de las que levantaba  
su paso, nubes de arena,  
salían dardos punzadores  
entre envenenadas flechas.  
Las pasiones, á su turno,  
dejando las madrigueras,  
tendían emboscadas á  
la caravana indefensa:  
eran los tigres del odio,  
de la lujuria panteras,  
los leones del orgullo,  
y de los rencores hienas.*

*Y cuando era la fortuna  
más implacable y adversa,  
y sin valor, extenuada  
la caravana, sedienta  
creyó morir, una estancia  
verde, deleitosa, fresca,  
encontróse en su camino.  
Con santo amor entró en ella,  
y, bajo gigantes árboles,  
por entre verdes praderas,*

—sosiego y paz—vió correr  
un manantial de pureza,  
que nacía de un clavel  
á su vez nacido en perlas.  
Mis pacientes dromedarios,  
con las patas delanteras  
de rodillas, humildosos,  
rendidos, como el que reza,  
estirando el largo cuello,  
sumieron su boca seca  
en aquella onda propicia  
que borboteaba ingenua,  
y de ideal se abrevaron,  
de paz y sosiego en ella.

Porque así es tu voz, tan diáfana,  
tan cristalina, tan fresca,  
como un manantial en el  
desierto de mi existencia.

## II

¡Si supieras cuánto te amo  
por tu voz... si lo supieras!  
Ella ha sido la aureola  
de mis sueños de poeta,  
y en las noches solitarias  
de mis insomnios, eternas,  
al evocarla he sentido,  
en redor de mi cabeza,  
un vuelo impalpable, ténue,  
como un vagar de libélula;  
y, en el lago de mi alma,  
inquieto, vi vogar trémula  
la candidez de la luna,  
que iba dejando una estela  
plateada, y unas gaviotas  
blancas volaban sobre ella.  
¿Cómo no he de amar tu voz,  
divino pomo de esencia  
con que mi pecho has ungido,  
nueva María Magdalena?

## III

*Mis versos son muy humildes  
pero, si tú los dijeras...  
si los cantara... tu voz,  
de noche; una noche de esas,  
en que el viento se ha dormido,  
en que los árboles sueñan,  
y en el palacio de nubes  
del cielo están las estrellas  
brillando, con el tremor  
impaciente del que espera;  
en una noche de Asturias,  
noche plácida de aldea,  
mística, muda, solemne,  
en que la luna se espeja  
en el agua del remanso  
siempre limpia, siempre quieta...  
Si los cantases entonces  
mis pobres versos surgieran  
ténues y fragantes, como  
la flor surge de la tierra;  
y luego, en la paz nocturna  
flotarían cual una esencia  
campesina, con un vago  
matiz de vaga tristeza,  
y tanto amor, un amor  
de iniciaciones tan tiernas,  
que el viento se despertara,  
y á los árboles que sueñan  
fuera besando, y del cielo  
las temblorosas princesas  
recibirían á mis versos  
como á príncipes que llegan,  
y anhelante, el corazón  
del agua que hay en la presa  
del molino, con la luna  
sobre sí, se estremeciera;  
y yo... con el alma herida,  
rota, en la noche serena  
¿qué iba á hacer? Oh! Si mis versos*

*amortajaran tu lengua,  
para que ya ningún otro  
en este mundo te oyera...*

## IV

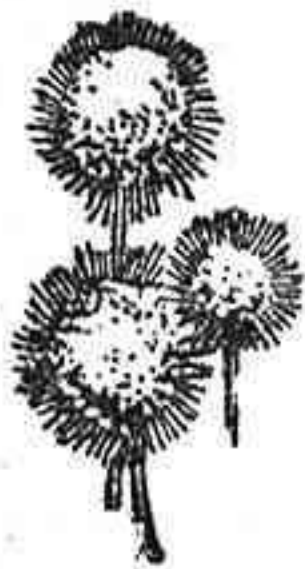
*Y solo he oído una vez  
tu voz. No sé si te acuerdas.  
Yo sí. Era ya de noche,  
en un caserón de aldea  
muy noble, y muy viejo, y  
muy triste, muy triste... Era  
en el salón familiar,  
junto á un piano de mesa  
antiguo. Tú, paseabas  
la mano sobre las teclas;  
unas teclas amarillas,  
como seniles... ¡tan viejas...!*

*Cada vez que las tocabas  
quejábanse plañideras  
con su voz cascada, igual  
que la voz de las abuelas.*

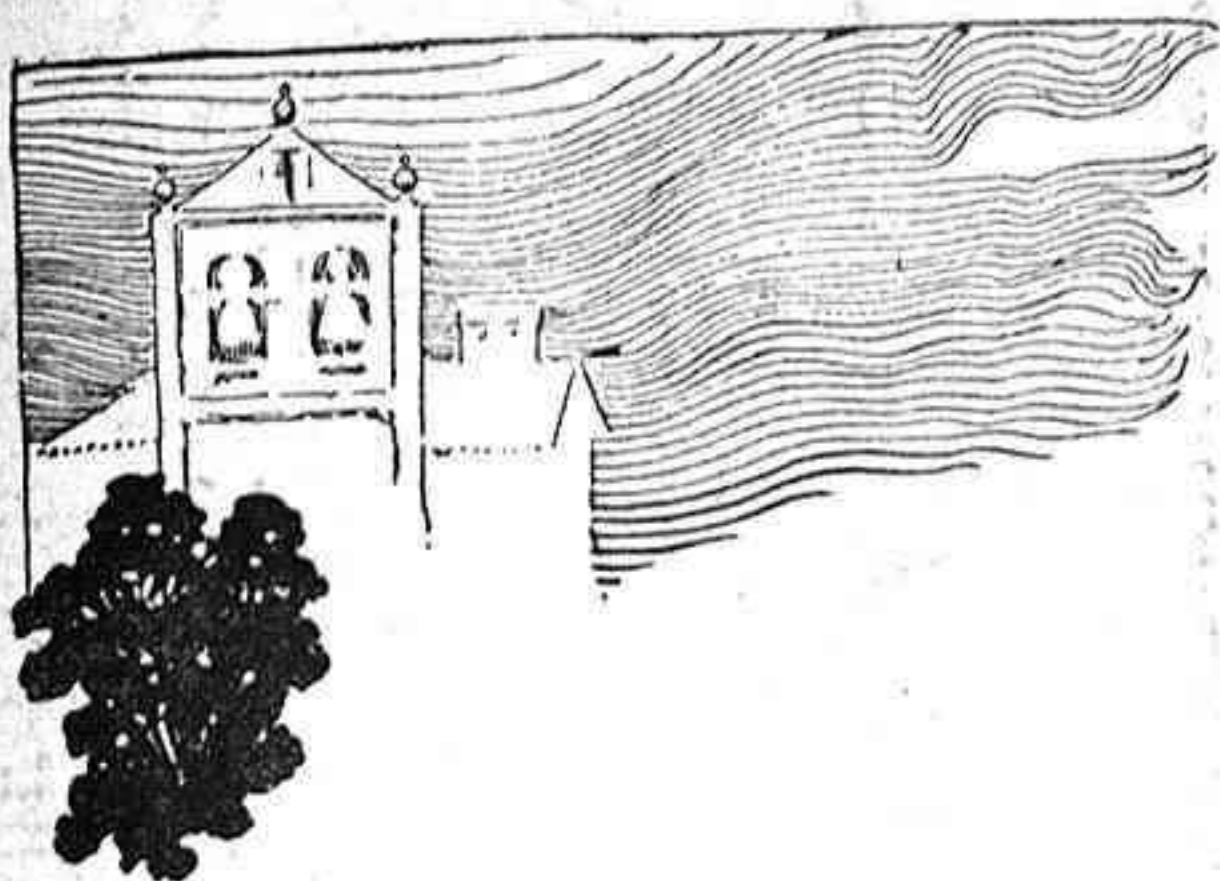
*Y tus manos temerosas  
las acariciaban; lentas,  
frágiles, ténues, traslucidas,  
manos de convalecencia.*

*¡Yo las hubiera besado  
la rodilla hincada en tierra!  
Y luego cantaste, y tu  
voz se derramó trémula  
de tu boca fina; cual  
ave, que revoletea  
vacilante entre escapar  
ó tornarse prisionera;  
porque tu voz es un ave  
que dentro de ti se alberga,  
es un ave blanca y grave  
como un ensueño, una de esas  
aves que han surcado el cielo  
con sus grandes alas quietas*

*y extendidas; sobre el mar  
en noches de luna llena,  
sobre todos los jardines  
floridos en primavera,  
sobre los campos de lirios  
y los campos de azucenas,  
sobre los bosques de cedros,  
sobre las verdes praderas  
recien segadas, en donde  
triscan las rojas becerras;  
por eso, tu voz tenía  
una añoranza tan tierna,  
tan lejana, que lloré  
como un desterrado, oyéndola.*







G. MARTÍNEZ SIERRA

• • ANTONIO AZORÍN

Por qué algunos días me siento tan amigo de Antonio Azorín? No sé por qué; pero sé que es así. Hoy, ayer, toda esta semana, Azorín es mi amigo, el más íntimo de todos mis amigos.

Hoy hace sol; pero dentro de mí perdura la sensación tediosa de estos tres meses que llevamos grises. Tengo hambre y sed de primavera: todo mi cuerpo añora la tibieza del aire soleado y bien oliente, toda mi alma añora las serenidades de la confianza en sí misma; porque el gris del invierno me hace desconfiar, y este anhelo de sol y de fe me ha puesto melancólico y desesperanzado. Yo no sé donde ir ni qué hacer: se que estoy triste como esos pueblos tristes que visita Azorín, esos pueblos donde, junto á la fuente que casi se ha secado, se oye el pausado campanear del toque de agonía. Sí, España es triste y el vivir es triste: por eso es mi amigo Antonio Azorín.

Ayer, Domingo que dicen de Piñata, estaba el Prado lleno de gente y hacía sol: en el aire manso iban,

manchadas por el polvo, las voces de las máscaras; y el carricoche, delicia infantil, subía y bajaba, repleto de chiquillos, tirado por el asno pacienzudo. Algunos de ellos, vestidos de máscara, excitaban la envidia de los otros, mientras ellos, olvidado el orgullo del disfraz, pensaban sólo en el placer presente y atizaban al asno: entretanto los que á su lado estaban no eran felices, puesto que padecían amargor de codicia: he aquí como al amparo del bullicio y de la inocencia hizo nido la melancolía. Y en medio de aquel ruido, junto á aquella tristeza pueril, bajo el sol reidor y el cielo immaculado, íbamos hablando de cosas ocultas. —Yo he querido—dijo ella—estudiar esas filosofías que tanto os apasionan: he intentado leer á Shopenhauer, pero no le he entendido: me falta la cultura fundamental; no sé de Lógica; desconozco los nombres que dáis á los fenómenos de espíritu; pero acaso llamando á las cosas por otro nombre llegue la inteligencia más desprovista de ese bagaje palabrero á consecuencias tan filosóficas como la misma Filosofía: hoy hace sol y somos felices, y sin embargo, estamos tristes; tristes los que sabéis y los que ignoramos ¿qué más da haber aprendido la tristeza en los libros ó en el alma misma?

Luego, un hombre maduro que nos acompañaba y que tiene aprendida la filosofía tanto en la vida como en los libros, habló del ocultismo y de los teósofos.— Dicen ellos que para percibir esos fenómenos, que para gustar esos ocultos saboreos íntimos precisa una facultad de abstracción absoluta.—Y hablamos de éxtasis y de visiones.

—Pero, siendo como es la razón facultad socarrona y escéptica, una vez trascurridos y lejanos tales instantes de abstracción absoluta ¿consentirá ella en dar á semejantes fenómenos sanción de reales? Seguramente no, puesto que se han verificado en ocasión de estar ella distraída ó ausente ¿No dirá la razón «soñaste, espíritu» á la hora en que despierte?

—Dicen que hay impresiones de tal fortaleza que subsisten reales á través de todo.

—¿Es que ellas eran fuertes, ó que la razón de quien las experimentó era más débil?

—¡Quién sabe! Acaso todas las sutilezas maravillosas que nos hacen hallar en el mundo algo distinto de lo que los espíritus que llamamos vulgares encuentran en él—religión, poesía, sentimiento—sean ni más ni menos que flaquezas y enfermedades de la inteligencia. El caso es que los espíritus fuertes de razón, los que saben analizar y sintetizar, los que alcanzan á ver los grandes conjuntos de la vida y saben también desmenuzar sensaciones y atisbar matices, en una palabra, los sanos y fuertes de inteligencia, son incapaces para el éxtasis, y duros para la emoción.

—Por lo cual—dijo ella—lo más terrible para el vivir del alma es la fortaleza del intelecto, y nosotras las mujeres, que somos ignorantes, y débiles y enfermas del espíritu, gozamos la plenitud de vida, que es la emoción: desde hoy renuncio á comprender toda filosofía.

Mientras hablamos, he traído yo á nuestra charla íntima, con evocación de intensa simpatía, el espíritu de Antonio Azorín, y he sido más su amigo que nunca.

—¿Quién es este Azorín?—pregunta ella.—Es un hombre joven que vive en unos libros que tú has de leer. Tuvo cuando niño unos buenos maestros Escolapios que le domaron la voluntad, de tan perfecta y rotunda manera, que hoy, pasados treinta años desde entonces, aun no acierta á querer por sí mismo: escucha como dice: «Yo soy un rebelde de mí mismo: hay en mí dos hombres: hay el *hombre-voluntad* casi muerto, casi deshecho por una larga educación en un colegio clerical, seis, ocho, diez años de encierro, de comprensión de la espontaneidad, de contrariación de todo lo natural y fecundo: hay aparte de éste el segundo hom-

bre, el *hombre-reflexión*, nacido, alentado en copiosas lecturas, en largas soledades, en minuciosos autoanálisis. El que domina en mí, por desgracia, es el hombre reflexión; yo casi soy un autómeta...»

En este capítulo yo soy hermano de Azorín. He nacido voluntarioso, activo, sensual, y he pasado la infancia con una voluntad inflexible pesando sobre mi voluntad y el miedo del infierno, un miedo sobrenatural, haciendo sombra á todos mis deseos... Y ahora tampoco sé querer y el estremecimiento de la vida apenas me conmueve.

Azorín se acuerda de un campito verde y de una casa blanca que atisbaba por la ventana del estudio. Y yo me acuerdo también de mis estudios en el portalón y de mis largos ensoñamientos. En la puerta que daba al jardín había una persiana pintada de rojo, y entre sus mirillas veía yo los cuadros cercados de evónimos y un ciprés rígido en cuyo tronco había un hormiguero; un cenador cubierto de parra, y como centinelas del cenador, dos grandes adelfas cuajadas de flores color de coral; en los cuadros había girasoles con cabezotas negras orladas de amarillo, y geráneos sangrientos. Y en los ladrillos de una escalera crecía una mata de ruda, y al pie estaba un plantel de romero, y volaban abejas sobre el plantel. Y en las horas de siesta, mientras ellas runruneaban—del romero, á la adelfa, de la adelfa á la parra,—despatarrada sobre las baldosas como si bostezase una infame Aritmética, leía yo á escondidas un vetusto librote de Mitología y las églogas de Garcilaso.

Antonio Azorín desdeña el estilo: cree que el triunfo definitivo del escritor está en prescindir de él, y en decir claro aquello que quiere decir: él cree haber sido un escritor brillante y celebra haber ya dejado de serlo. Y esta opinión suya me hace ser amigo de

Azorín, precisamente porque yo creo todo lo contrario. Creo que el triunfo del escritor sobre el lenguaje no está en prescindir del estilo para alcanzar la claridad, sino en llegar á la claridad por medio de la perfección del estilo. Esta ingénuo manía de Azorín es simpática; por ella admira á Pío Baroja, y es peregrina cosa que abomine con todo el ardor que le permite su pequeña y amable filosofía de una cualidad que en tan alto grado posee. ¿Qué es el estilo? El perfeccionamiento y la cristalización definitiva de la manera personal. Azorín, cuando escribe, es personalísimo, y su manera de decir ha cristalizado en formas tan concretas, tan limpiamente cortadas y de tal modo transparentes y netas que desafían toda imitación. No que el estilo de Azorín sea incapaz de suscitar imitadores; suscítalos, y en abundancia, porque sus fórmulas de agrupación y engranaje son sugestivas y tienen el relieve que es necesario para servir de buen troquel; pero están ellas á su vez tan exactamente moldeadas en el espíritu de Azorín, que es imposible en absoluto adaptarlas á modalidades de intelecto distintas de aquélla para expresión y por influencia de la cual fueron concebidas.

Precisamente la sugestión peculiarísima de los libros en que Antonio Azorín nos dice su vida, consiste para mí, sobre todo, en la manera, en el estilo. Azorín procede por ideas sueltas, las cuales va engranando, sin fundirlas, como perlas en sarta. Así, á un tiempo conjuntas é individuales, enlazadas por el hilo sutil de la ensartadura, quedan entre las manos, digamos el espíritu, del lector, dóciles á toda adaptación transitoria; y puédese con ellas trazar ringleras y perfilar contornos y amontonarlas en insimétrica agrupación, y hasta, roto el ensarte, dejarlas que al azar se desparramen y que se agrupen como bien les venga; y aun luego, al recogerlas para formar con ellas nueva sarta, mezclar cuentas propias en aqueste rosario de ideas; no pocas veces he gozado enfilando con

las de Azorín, claras, fuertes y unánimes, las mías, polícromas y decadentes.

Yo no sé lo que pensará el público, ese gran público que compra los libros, ó que debe comprarlos; pero para mí son los mejores estos un poco incoherentes, que callando á tiempo, saben sugerir; éstos que, no ya invitan á pensar, que no ya obligan á pensar, sino que dejan en libertad de pensar y acompañan en la tarea del pensamiento.

Con tal inapreciable amiganza, soy amigo, porque escribió sus libros, de Antonio Azorín.

Azorín cree, de acuerdo con su maestro Yuste, que «lo que da la medida de un artista es su sentimiento de la naturaleza, del paisaje. Un escritor será tanto más artista cuanto mejor sepa interpretar la *emoción del paisaje*». Esto de la emoción del paisaje está subrayado por Azorín, y así salta en la página la frase, y se adelanta como ofrenda á la vista de quien ha de leer; pero yo bien creo que aunque Azorín hubiese olvidado el subrayarla, se hubiese destacado para mí del mismo modo, á la manera como se destacan entre los centenares de vocablos indiferentes el nombre propio ó los nombres de aquellos á quienes amamos. ¡La emoción del paisaje! Azorín, en el fondo, no cree en nada: yo creo en el paisaje y en el alma del paisaje tanto como en mi alma de hombre; y pienso que sólo esta creencia bien vale la pena de vivir. Alguien ha dicho: «nunca el hombre ve al hombre sin placer»; y pudiera también, acaso con más razón, decirse: jamás el espíritu contempla sin placer la tierra. He aquí que el trato de la carne con la carne engendra hastío, y el trato de un espíritu con otro espíritu suele traer tibieza y desilusión, pero el trato del alma con la tierra es, cuanto más frecuente, más íntimo, y más selecto cuanto más familiar; porque la tierra—con las frondosidades y las arideces que son de ella, con el

cielo que está sobre ella y el mar que en ella yace— es dócil é imperiosa y tiene paz; yo no sé de pláticas como sus silencios, ni de silencios como aquellos que suscita en el alma el sonar mayestático de sus ritmos; el ritmo de las aguas, el ritmo de los vientos, el ritmo acelerado de la vibración luminosa, de ese vaivén de burbujas radiantes con que la calidez del sol estremece y solivianta el aire.

Aquí en Castilla, sobre un jardín, á prima tarde en meses de verano, sobre la arena que arde de los paseos, sobre las hojas blancas y lacias de la cinoglosa, sobre las polvorientas hojas de la parra, sobre las pocas rosas y los geráneos multicolores, tiéndese el aire lleno de sol; y todo se está quieto, arrebuñado en la estival modorra; ni siquiera las sombras se mueven. Y cuando todo calla se escucha un runruneo constante, acelerado, soñoliento, que se siente subir, que se mira ascender, que hace elevarse el alma; ¡es el aire que vibra estremecido por el sol!; y si se alzan los ojos, se ve el azul del cielo, aneblillado por un velo de luz: es el tejido por las burbujas de aire, recaldeadas y ajoyeladas por el sol, que han ido subiendo, subiendo... Este paisaje es para mí de gozo, tanto que su recuerdo me consuela en todas las tristezas que echa el invierno sobre mi cuerpo y sobre mi alma. Y muchas veces he convidado á compartir conmigo el gozo de este paisaje al espíritu amigo de Antonio Azorín, pensando que bien puede acompañarme en él, ya que soy tan su amigo, en la melancolía con que él ve recortarse sobre el azul luminoso del aire levantino las ramas péndulas de las palmeras.



CONCEPCION SAIZ • •  
URBANO GONZÁLEZ  
SERRANO • • • • •

Después del matrimonio, es la amistad el vínculo personal más íntimo y más fecundo en bellos frutos.

U. G. SERRANO.

**E**VOQUEN los fieles amigos del período vibrante de la juventud el luminoso recuerdo de aquel González Serrano, *alto, recio, muy moreno el rostro, muy negro el áspero cabello, ancho el pecho, maciza la espalda, llena de fuego la palabra y resuelto siempre el ademán*<sup>1</sup> que refutaba victoriosamente (en la reñida oposición á la cátedra de Psicología del Instituto de San Isidro), las objeciones de los Campoamor y Valera, exponiendo, según su frase propia: «Todo lo que sabía y la *mitad de lo que presentía*», ó se levantaba en el viejo Ateneo, cual paladín esforzado de la verdad científica, á contender enérgico y brioso con los atletas de la palabra y el pensamiento, y permí-

<sup>1</sup> *Imparcial* del 14 de Enero de 1904.



tase á quien los últimos diez años vivió en la noble intimidad de su alma, desvelar, en parte, los elevados sentimientos que, cual fruto sazonado de una evolución casi cumplida, coronaron la época de su malograda madurez.

No aspira quien traza estas líneas, á juzgar ni exponer la obra del Maestro; fuera empeño tan necio como vano. Anhela tan sólo consagrar al amigo único é insustituible, tributo de dolor sincero, que brota espontáneo del corazón donde, él lo dijo, está toda la vida.

La Prensa, con unanimidad que la honra y proclama los méritos del hombre y el pensador, ha dedicado á González Serrano sentidos artículos necrológicos, considerándole principalmente en dos aspectos: el de filósofo y el de crítico, y pretiriendo, en nuestro concepto, los no menos valiosos de eminente pedagogo y verdadero patriota.

Al recorrer las páginas de los veinte volúmenes que atestiguan su perseverante actividad intelectual, aparecen por doquiera pruebas de nuestra afirmación.

Desde sus primeras publicaciones, revela González Serrano, la preocupación constante, acentuada más y más en los últimos tiempos, de acercarse á la realización de un ideal educativo que, elevando el nivel de la línea media de la cultura española, emancipase á sus compatriotas de la servidumbre de la ignorancia. Como pedagogo-filósofo (y al par de Gnyan y Fouillée) le estudió A. Posada, y como pedagogo de altos vuelos y certera observación han de considerarle cuantos estudien la doctrina pedagógica contenida en la «Asociación como ley general de la educación», las «Cartas... ¿pedagógicas?» (comienzo de fraternal amistad con quien esto escribe, amistad cuyos lazos sólo la muerte ha podido desatar), la «Sensibilidad y los sentidos», «Educación é instrucción», «Modernismo pedagógico», «El Carácter», la «Voluntad», y otros trabajos que constituirían base de pedagogía-psicológica nacional, en pueblo menos habituado que el

nuestro á *mirar* lo que se hace *fuera*, y no *ver* lo que en sus propias entrañas se elabora.

Infatigable sembrador de ideas, González Serrano, á quien la juventud conmovía como un recuerdo y atraía como una esperanza, alentaba todos los entusiasmos juveniles, con ansia íntima de colaborar á la creación de caracteres firmes que contribuyesen á vigorizar el desequilibrado espíritu nacional. Fiando poco en la eficacia de la palabra y mucho en la del ejemplo, «gran lección de cosas», «A qué hablar, decía, de regeneración; regenérese cada uno á sí mismo en silencio, y la regeneración de la patria quedará hecha.» En tal principio se informa su recia labor, cortada en el período de más serena y tranquila fecundidad por la implacable segadora que nunca duerme siesta.

Cúpula y remate de la educación fué para González Serrano la formación del carácter, considerando lo emocional y volitivo cual raíz de la vida psíquica y fase subjetiva de la misma. Cimentada nuestra vida interior en el esfuerzo espontáneo ó voluntario, se ofrece éste como lo más característico del ser, y representa lo más concreto y plástico de la vida anímica, imprimiendo sello á la conducta y determinando la personalidad. La volición, ya en una determinada y concreta, ya en serie de estados sucesivos, constituye la trama de nuestra vida psíquica, y ni tiene, ni puede tener otros límites que los impuestos por los medios, que al restringir el poder, condicionan el querer, estableciendo la distancia que media entre el ideal realizable y la utopía. Con alto sentido práctico, González Serrano perseguía el ideal de una pedagogía española que, tomando en cuenta los elementos fijos y variables de nuestra idiosincrasia moral, llevase á cabo la corrección inmediata de los segundos, preparando en definitiva la modificación lenta de los primeros y el perfeccionamiento del carácter nacional. «Quien prescinde de la personalidad, lo mismo

individual que colectiva, degenera en la especulación abstracta, no llega á la obra real y viva»<sup>1</sup>.

Haciendo el verbo carne, al dirigir la palabra á sus alumnos, en solemnidad académica muy reciente, proclamó los vicios de que adolece nuestra enseñanza, determinando, sin eufemismos que repugnaban á su honrada sinceridad, la parte que en aquéllos corresponde al Estado, á la familia y al cuerpo docente, y estimuló, con la palabra y con la obra, á su corrección. No fué aquel discurso, pronunciado tras quince años de fecundo silencio (ejemplo en el cual pudieran aprender mucho nuestros *constantés oradores*) acto meramente externo y de efecto; fué acto de fe y esperanza en la regeneración de la juventud, mediante la sana cultura.

Mas al ofrecer á la nueva generación un sentido ideal, que, aun encarnando en los intereses materiales, mantenga el equilibrio entre la aspiración y la realidad, no se proponía únicamente la elevación del nivel individual; por encima y más allá del individuo miraba á la patria, y con fe inquebrantable en sus energías, reclamaba para ella plaza en la existencia, considerándola capaz de dirigirse y educarse (si bien aleccionada por los demás pueblos), conservando sus cualidades propias.

Uniendo el concepto de la patria al de la familia en la cual se engendra, ama á ésta como á sí mismo y á aquélla sobre todas las cosas, con amor intenso y reflexivo, dispuesto á cumplir en silencio los mayores sacrificios. Alejado de la política (más que por disgusto de ella, por respetos á las propias convicciones, que no siempre se compadecieron con aquéllas que por dignidad, afecto y consecuencia se creía en el deber de acatar), siguió á distancia su marcha y, su mirada certera, descubrió y en ocasiones casi profetizó los resultados de sus errores. Así, próxima la declara-

---

<sup>1</sup> Modernismo pedagógico.

ción de la guerra á los Estados Unidos, cuando la opinión popular exaltada hasta el paroxismo, exigía la política de la última peseta y el último soldado, su sentido de la realidad no le abandonó un solo instante, señalando por anticipado las funestas consecuencias de nuestra ciega imprevisión. Algún íntimo del señor Moret, entonces Ministro, podrá recordar que al hablarle de la oposición de este señor á ir á la guerra, le contestó: «Diga usted á D. Segis (quien no podrá sospechar en mí benevolencias de ninguna clase) que persistiendo en esa actitud, antes de dos años será el Thiers español». Ignoro si el emisario trasmitió el mensaje, inspirado en la honrada lealtad del verdadero ciudadano; si lo hizo, quizás el Sr. Moret haya lamentado en alguna ocasión, no figure hoy en su *Haber* de hombre de Estado, partida de tal importancia.

Si en su amor á la patria intentó elevarla empleando como instrumento la renovación pedagógica, meta de sus trabajos científicos, tendió á la par á ennoblecerla evitándole la vergüenza de ahogar en sangre la insania del terror. Al extenderse la noticia del inevitable fusilamiento de los procesados de Montjuich, el dolor y la piedad invadieron su alma y, publicando su magistral artículo «Todos anarquistas», dijo en íntima conversación: Yo he cumplido mi deber; ahora que Cánovas cumpla el suyo.

En el complejo espíritu de González Serrano, convivieron las aspiraciones del educador y los ideales del patriota, con los anhelos del humanitarista. La piedad, hondamente sentida y practicada, constituyó el fondo puro y transparente de su vida moral. No hubo dolor ageno que no repercutiese en su alma con eco simpático, no le imploró sér débil ó desamparado á quien no tendiese la generosa mano. La mujer, víctima de todas las debilidades naturales y de todas las servidumbres consuetudinarias, atrajo con especialidad su reflexiva atención. Sin ofrecerle el culto de la

lisonja, cual suelen hacer los que no se toman el trabajo de observarla, enaltece sus cualidades, reconoce sus virtudes, explica, aunque no los justifica, sus defectos y le rinde todos sus respetos. Ve en la Virgen María, «Creación bellísima, personificación sublime de algo que alienta y da vida y consuelo al corazón»<sup>1</sup>, y en la Virgen Madre, el símbolo del dolor de los dolores.

Ni el feminista más acérrimo defendería el respeto á la dignidad de la mujer con la convicción y el vigor que despliega en su estudio filosófico sobre «La constitución de la familia»<sup>2</sup>, donde, sin desplantes efectistas, combatiendo á los que ven en el matrimonio un mero contrato, lo declara: «arca santa que guarda el porvenir y felicidad de las sociedades.» No excluyendo su piedad la exigencia del cumplimiento del deber, rechaza el prejuicio absurdo de que el honor y la vida entera de un hombre, consagrada quizás á la virtud por una serie de sacrificios, dependa en absoluto del mayor ó menor dominio ejercido por la mujer sobre sus pasiones y, aún considerando que los hijos serán siempre de la madre por el corazón, su voz severa se levanta á preguntar: ¿Cuando el divorcio ha sido provocado por las faltas de la mujer, pretenderá nadie hacer una buena madre de la que comienza por ser mala esposa?

No niega el derecho de la mujer, antes lo proclama, á mejorar por la educación su estado actual; pero á condición de hacerse más y más mujer: de realizar ampliamente su natural destino; de utilizar la instrucción actuando de pacificadora y conciliadora de los hombres. «Todo es respetable en la mujer, hasta la fe», afirma en página aun inédita, mas á cambio del respeto solicita de ella la tolerancia, informada en el concepto *lesbiano* de la vida; pues el amor, ante todo

1 Goethe, pág. 372.

2 Estudios de Moral y Filosofía.

y sobre todo, es tolerancia, única virtud en la que González Serrano encuentra eficacia para restañar las heridas ocasionadas por las crudas luchas de nuestros días. La tolerancia, que extendió desde su hogar á su cátedra, al ser practicada por el creyente sincero le subyugaba, inclinándose con respeto ante las doctrinas que sabían inspirarla.

Su nunca desmentida adhesión filial al Sr. Salmerón (de quien decía en nota autobiográfica: «Respeto á su maestro D. Nicolás, con quien se familiariza en broma, pero en serio se permite siempre callarse, aún cuando disienta de él en pensamiento») ha dado origen al empeño, más general que justificado, de encasillarle en el krausismo. Autoridad tan indiscutible como la del Sr. D. Francisco Giner de los Ríos, sostiene que á González Serrano es inútil intentar clasificarle en determinado grupo filosófico. Su genial personalidad no cabe en ninguno y excede de todos: constituye por sí sola grupo y escuela.

Ya en 1881 se emancipaba de toda traba dogmática afirmando. «Al sistema de Krause debe principalmente nuestra patria el renacimiento de su espíritu y cultura á las ideas modernas, y á él también debemos nosotros nuestra comenzada educación científica y muy señaladamente la circunspecta emancipación del pensamiento, que nos dispone para descubrir la parcialidad estrecha del espíritu cerrado en el dogma de escuela, *tan contrario á la nativa pureza* de que debe estar dotada la inteligencia al indagar un principio verdadero. Así es, que ni nos maravilla la reacción de las modernas escuelas contra las especulaciones filosóficas, ni dejamos de abrigar fundadas esperanzas de que el hombre llegue á ponerse en camino para encontrar el anhelado concierto de la ciencia con la vida, y la verdad con la realidad»<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> Ensayos de Crítica y Filosofía.

Si el párrafo entero declara que González Serrano consideró el sistema krausista cual medio de estimular la afición á los estudios filosóficos, las palabras que lo terminan encierran en síntesis el núcleo y la esencia de toda su labor filosófica, que, en un *ideal empirismo* persigue con ansia la unión armónica y fecunda de la vida y la ciencia, de la verdad y la realidad.

Buzo del alma y minero de lo ideal, su férrea voluntad buscó siempre el concierto de lo ideal-real, enlazando con un cierto idealismo germánico la tendencia práctica de la filosofía francesa, á cuyos representantes Ribot y Fougère, puede afirmarse excedía en riqueza é intensidad de pensamiento.

En los últimos años, dominada la apasionada vehemencia de la juventud, de su labor, siempre reflexiva, trasciende una serenidad que parece elevar sus pensamientos á la región tranquila de las alturas.

Al extinguirse la potente luz de su inteligencia, dedicaba especial atención á los problemas planteados por los psicólogos y filósofos italianos. Familiarizado con los Lombroso, Villa (á quien tradujo), Ferrero y Vidari, lamentaba que los pensadores de la raza latina, entre ellos los españoles, no siguiesen con mirada atenta el resurgir de la ciencia filosófica en la península hermana.

Trabajador incansable (á quien la enfermedad destruyó sin lograr vencerlo), constituía su anhelo supremo «plantar un arbusto en el campo de la cultura patria». Bosque poblado de fecundas ideas son las obras que lega á la posteridad. Además de los veinte volúmenes ya citados y de sus artículos políticos, apenas hay en nuestro país publicación de alguna importancia á que no haya prestado su colaboración. Dígalo, para presentar un sólo ejemplo, el «Diccionario Enciclopédico», de Montaner, en el cual expuso la acepción filosófica de trescientas cincuenta y cuatro palabras.

Con ser grande el valor de su intelecto queda reducido á cero, ante el de sus sentimientos. Noble, sencillo, afectuoso, leal y tolerante, mezcla inefable de fuerza y de ternura, nacido para amar y ser amado, buscó en la familia y la amistad la sal de su vida. Lo perdonó todo, menos las traiciones del corazón y ni la traición misma, arrancó del suyo afectos perdurables.

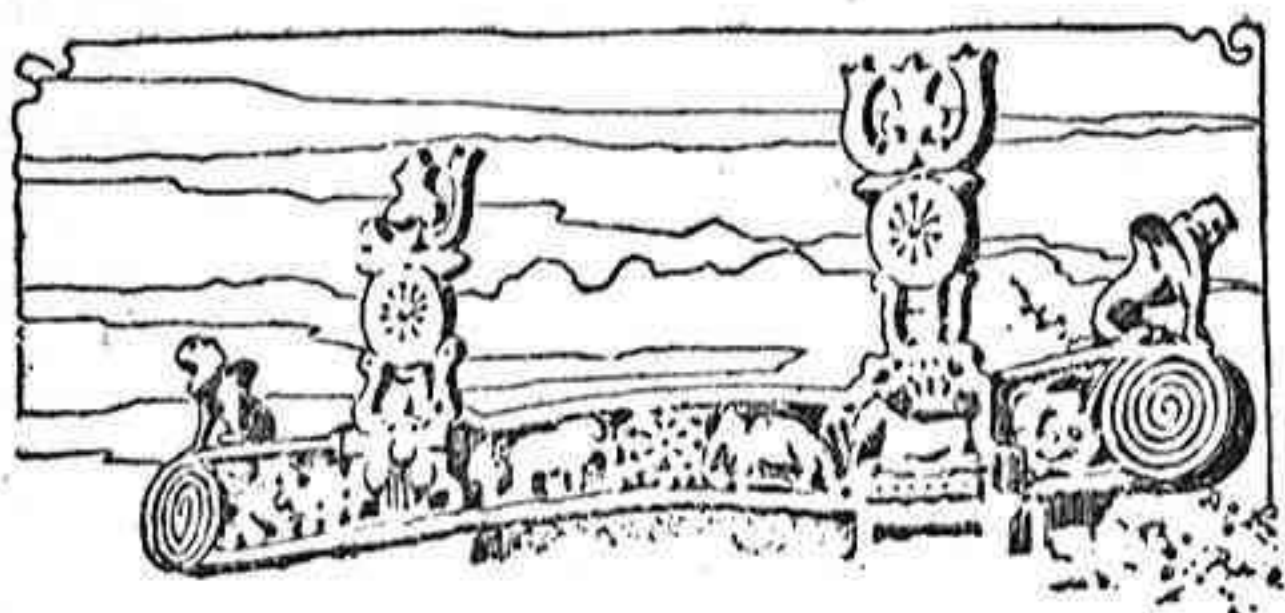
Las olas de la vida empujándose unas á otras, cubrirán su memoria con las aguas amargas del olvido, mas sobre ellas brillarán con luz inextinguible el bien derramado por el justo y la verdad sembrada por el sabio, viviendo vida imperecedera en el corazón de los que le amaron y en el intelecto de los que en sus obras aprendieron á pensar.

El corazón leal y generoso ha cesado de latir; el Maestro ha enmudecido... Silencio.

Madrid 6 de Febrero de 1904.







U. GONZÁLEZ SERRANO  
• • • LA SOCIABILIDAD  
(INEDITO) • • • • •

SRITA.ª D.ª C. S. O.

**M**I buena amiga: Esperaba usted pronto contestación á su carta del 28 Mayo, olvidando que lo burocrático de nuestro oficio, los *exámenes*, si agota al alumno, esteriliza al examinador. Mes y medio ocupado en tan ingrata tarea, disculpa mi tardanza en contestarla. Ahora que vigoriza su organismo en país fresco y yo veraneo en Madrid, *por lujo*, solicito de usted algunas de las horas de su descanso para la nueva labor que acometemos.

Casi que desflora usted todo el tema de la sociabilidad ó insociabilidad. Y sin embargo, tiene muchas y muy variadas perspectivas. De un lado, la sociabilidad resulta congénita y natural, y por tanto necesaria, hasta para la vida vegetativa. De otro, la insociabilidad ha sido exaltada por Aristóteles, cuando dijo: «Sólo es feliz el que se basta á sí mismo», y es casi objeto de una apoteosis para Ibsen al hablar de la fortaleza que presta al hombre el aislamiento. ¿No cree

usted que ambos aspectos del problema implican una paradoja de plasticidad tan visible, que interesa resolverla? ¿Olvidará usted que si lo opuesto y contrario muestra riqueza de idea, lo contradictorio y paradójico anuncia la muerte del pensamiento? Si quedamos en tal vaguedad é indecisión, será preciso, con la inflexibilidad que á la lógica presta el hecho, declarar inconmensurables los términos en que formulamos el problema, es decir, irracionales, y por tanto de imposible solución el problema mismo. Si, por el contrario, llegáramos á demostrar que la insociabilidad es á su modo propio, y dentro de determinados límites, mejor ó peor puestos, una prueba de la sociabilidad, una nueva y quizá más intensa aspiración á asociarse con nuevos moldes y con más amplios ideales, tal vez nos acercáramos á la explicación de nuestro tema. Su aspecto más intrincado consiste en que siendo la sociabilidad natural al hombre y apareciendo la insociabilidad como algo antinatural, los malos (comenzando en lo vulgar y terminando en lo pecaminoso) se asocian fácilmente, y por el contrario los buenos (comenzando en lo distinguido y terminando en lo genial), no hallan aglutinante que los agrupe. Los carneros de Panurgo, el pueblo de los concilios de Toledo, diciendo á todo amén, las muchedumbres sugestionadas por cualquier prestigio ó desvanecidas por el ídolo de barro de las supersticiones, forman una piña. Los que conservan la fatal manía de *pensar por sí mismos*, los que no gustan formar en el coro parecen díscolos, no caben en ninguna parte y concluyen por hacerse insociables y aun huraños. Llegan al límite de «no estar conformes consigo mismos»; pueden no sólo desequilibrar los grupos sociales, de los cuales se distancian, sino desequilibrarse dentro de sí. Rousseau, considerado *matoide* por Lombroso, es un ejemplo de lo que digo. La formación y deformación rápida de las nuevas escuelas literarias en la bohemia parisién (simbolistas, parnasianos, decaden-

tes, etc.), con una existencia semejante á la de la flor de un día, ofrecen como fruto «los insociables.» El fenómeno es constante. Se reúnen gentes, se requiere *línea media* en su criterio y en sus anhelos. Cuanto más baja es aquélla más fácil es la concordia; cuanto más asciende, más difícil es el acuerdo, al punto de que el número de individuos es el de las opiniones y tendencias encontradas. Sin preocuparnos de la justificación del hecho, ni de su apreciación ó depreciación, debemos intentar explicarlo. ¡Quién sabe si una vez explicado, hallará cumplida justificación!

Repitamos la afirmación que ha de servir de base á todos nuestros razonamientos. «El hombre es naturalmente sociable.» Si el caso citado por C. Bernard, del huevo fuertemente embetunado que, ínterin no se pone en contacto con el medio ambiente, no fecunda, se confirma por los ejemplos de *vida latente* de los granos de trigo recogidos en las pirámides de Egipto, que han fructificado después de miles de años, puede inferirse, no ya sólo que el hombre es sociable, sino que todo lo vivo, en su doble función de asimilarse y de formar materiales nutritivos, obedece inconscientemente á un instinto social. Así es en efecto, en la misma vida de nutrición se halla la raíz de la vida de relación ó vida social.

¿Cómo puede el hombre, que aunque más libre que los demás seres no logra trastornar el orden general de la vida, proclamar la insociabilidad ley de su existencia? ¿Cree usted que se puede marchar *contra naturam*? He aquí el punto en el cual entiendo yo, mi buena amiga, que el pensamiento volviendo sobre aspectos y perspectivas que no debe dejar pasar inadvertidos, puede resolver la aparente paradoja entre términos que si fueran por completo contradictorios, nos harían caer en la insania. *Ducunt volentem fata, nolentem trahunt*. Guían amorosamente las leyes al que las obedece, arrastran al que pretende negarlas. Y en el caso presente los insociables son sociables á

su modo, la insociabilidad es una nueva manera de concebir la sociabilidad, pero no puede ser su negación completa.

Si todo cerebro lleva dentro de sí un mundo (el mundo es mi representación, decía Schopenhauer), si la conciencia (según Leibniz) es el espejo del Universo, cerebro que se aísla pretendiendo en un *autofagismo* imposible nutrirse sólo de sí propio, conciencia que se disocia de los vínculos sociales, llevan el uno en su interior un mundo y la otra el reflejo del Universo. Ambos (solos en medio de la muchedumbre) padecen el espejismo de lo insociable, obedecen á la ley de la sociabilidad. Observamos en confirmación de ello las fases distintas que presenta la insociabilidad, ya cuando se niega á las relaciones más directas é inmediatas, como en el sombrío y simpático Hamlet, ya cuando se prenda del crepúsculo que poéticamente circunda á lo que Nordau llama *representaciones-fronteras* cual el místico, ora en el nostálgico que huye la pesada carga de la vulgaridad; ora en el descontento de cuanto le rodea; bien en el artista que concibe y no pare en sus lucubraciones de vida bohemia; bien en el histérico y desequilibrado, que rompe la continuidad de las percepciones, y víctima de una alucinación constante asocia sus ideas de manera mecánica.

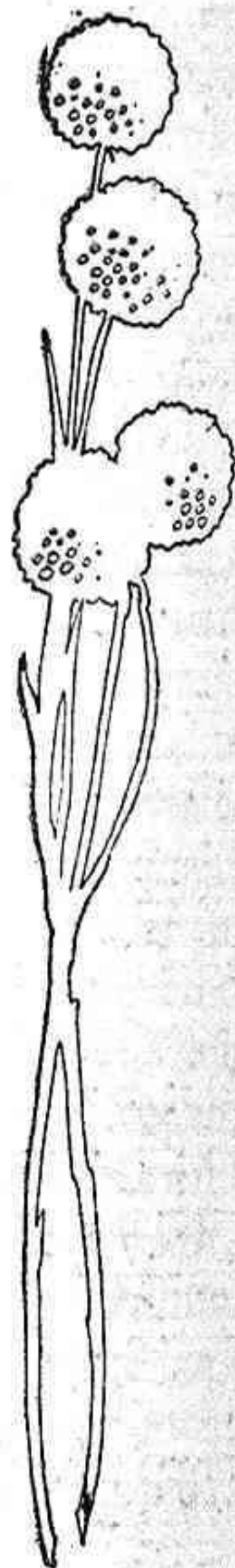
En todos estos casos rige la ley de la sociabilidad aun á los desplantes más acentuados de una insociabilidad decantada y en el fondo no sentida. Huye Hamlet de la corte de su madre y rechaza hasta el poético amor de la desgraciada Ofelia, enigma del eterno femenino, sacrificado á la sombría divinidad de lo inexorable; pero anhela (más que el sediento el agua) el príncipe danés, comunicar con la sombra de su padre, asociarse á sus odios y rencores, y cerebro que solo alberga una idea, de ella se llena y en ella (en la venganza) condensa toda su vida. Evita el místico el comercio con el mundo y sus tentaciones; huye del

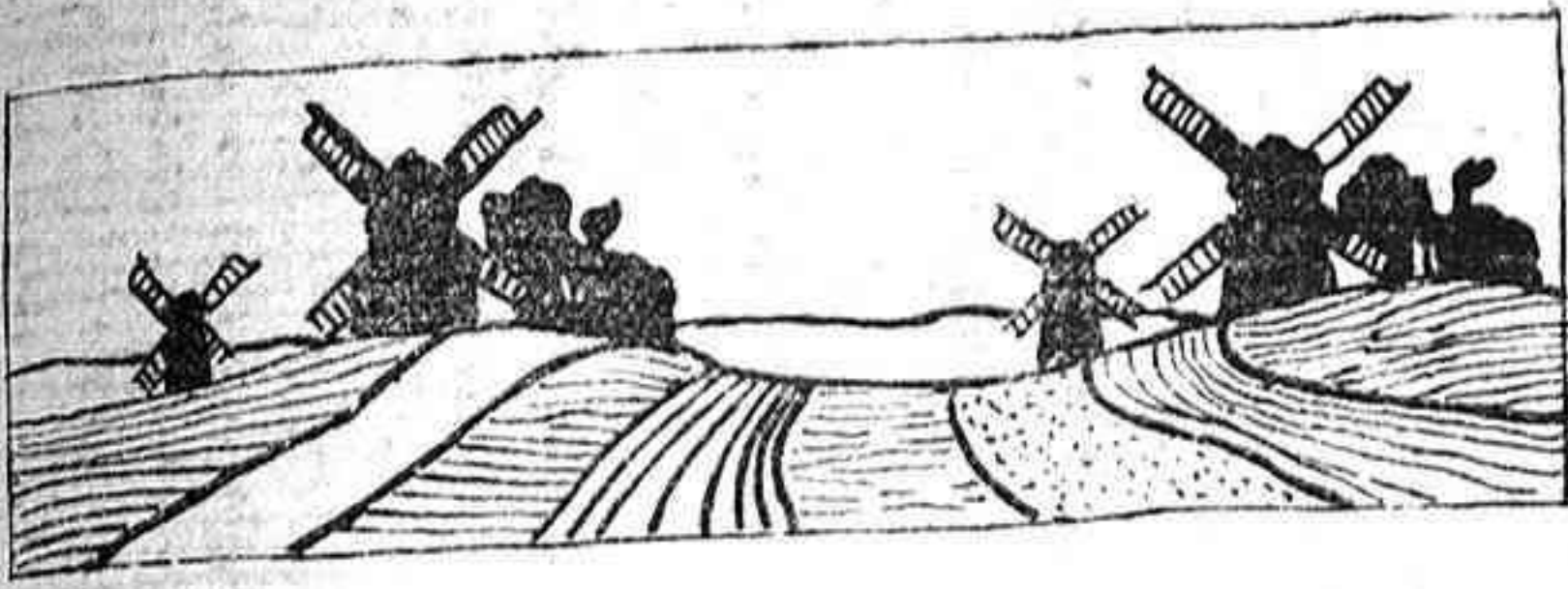
contacto de la carne y de sus atractivos, como enemigo de su redención; pero con la simpática Doctora exclama: *vivo sin vivir en mí*, es decir, se aleja de la sociedad que le rodea y busca ó establece, merced al conocido fenómeno de la *dinamogenia*, vínculo constante con la visión beatífica. En un excedente de amor, abraza su existencia en el de lo divino. El nostálgico y melancólico, hastiado de lo que le rodea, ansioso de lo que presiente, se distancia hasta de sí mismo, huye de su propia sombra y sigue otra mayor, imaginando una sociedad *d'éhte*, donde únicamente cree que podrán florecer sus aspiraciones. Se aleja el bohemio, especie de dinamitero teórico, de la marcha rítmica que sigue el arte en la vida; ambiciona ideales que no concreta; imagina nuevas formas, más plásticas, de la belleza, sin hallar el adecuado consorcio entre sus deseos y sus medios para realizarlos, y construye, Quijote eterno de la humana condición, castillos en el aire y nuevos mundos poblados por sus alucinaciones. Si llega á la meta de sus deseos, si de genio en agraz ó malogrado pasa á la madurez de su labor, si, en una palabra, acierta, bien pronto exclamará: «Cuando contemplo lo sublime de la belleza, quisiera ser dos.» En cuanto á la selva negra que habitan histéricos y desequilibrados, ¿cómo hemos de dudar que en todo desorden existe un cierto principio de orden? Quizá no lo ha hallado todavía la ciencia frenopática, pero por tupidas que sean las tinieblas que rodean á toda noche del Broken (hermoso símbolo de Goethe), no se puede desconfiar de los intersticios de luz que las Madres de la vida (las antorchas que guiaban al incrédulo Doctor), las ideas, esparcen á través de tanta obscuridad.

Pudiera indefinidamente citar casos y más casos en comprobación de lo que indico. El insociable tiende á agruparse. La insociabilidad es un ejemplo que confirma lo inflexible de nuestro instinto social. Dada la valiosa cooperación que usted me concede (aunque

merced á repetidas solicitudes de mi parte) para que llenemos nuestros ocios, parece obligado (si coincide usted con mis indicaciones) que exponga de dónde y y cómo surge la insociabilidad. Así lo hará usted pronto y bien en su próxima carta que espera con impaciencia su buen amigo.

21 Julio, 1895.





FRANCISCO ACEBAL

• • • • DOLOROSA <sup>1</sup>

LA idea se la inspiró el bondadoso Paternina, y fué semilla en campo feraz que germinó pronta y lozana.

Se lo dijo una tarde: Usted caballero necesita ver el arte moderno; un paseo por el mundo. Antes ha de empezar, claro está, por el arte antiguo. De aquí ha sacado usted cuanto sacarse puede; nadie ha de enseñarle ya más de lo que sabe... Tome usted otra copa; es de la *Campana*... Yo puedo darle cartas para Rodín, gran amigo mío. Pero antes á Italia... ¡Miguel Angel! Y decir que yo á la edad de usted vine de Italia á España. ¡Oh! país bello, bello, España. Vine con mi papá, que era marmolista... Las viejas sacramentales madrileñas están llenas de obras suyas. Él trabajaba para los muertos, yo trabajo para los vivos... ¿Quiere usted unas gotitas? Es de las *Tres estrellas*. Excelente... Usted es joven; usted tiene ta-

---

<sup>1</sup> Dos capítulos de la novela así titulada, próxima á publicarse.

lento; usted, hijo mío, tiene fortuna; sus señores papás tienen fortuna... ¡Ah! Si yo hubiera tenido lo que usted tiene... La patria mía. ¿Sabe usted cómo alimenté yo años enteros el santo fuego de la patria mía? Pues haciéndome amigo de todos los tenores que desfilaron durante medio siglo por el regio coliseo. De algunas triples también fui amigo. ¡Qué cosa tan rara! No conseguí que un tenor bebiese ni tanto así conmigo. ¡Oh maestro! *Proibito, proibito*. Pero las triples..., todas, todas; ¿usted no sabe una cosa..., una cosa? Psss... quedo, *piú* quedo... Usted dirá ¿qué cosa..., qué cosa? Ella no quiere que se sepa. Ella..., *mia signora*..., ha sido triple. ¡Oh! los tiempos bellos. El 75 perdió la voz, le aseguro á usted que perdió la voz. Ella no lo cree. Yo sí lo creo; pero no se lo digo *¡Poverina!*... Ahora este *piccolo* sorbo de la *Campana*... *¡Disgraziata, poverina!* Canta aún. Sí, canta. En noches de luna, aquí sola. Entra la luna por allá arriba. Yo también entro, pero me escondo. Ella descorre los toldos de los tragaluces. *¡La bella notte!* entra la luna; estas obras mías parecen obras de mi papá, estatuas de tumba. ¡Oh que es bello, bello! Y ella canta... la *disgraziata, la poverina*. No tiene voz... *¡ma come canta!* Io l'amo..., io ploro.

El Sr. Paternina sentóse en un taburete de pino que había á su lado, hundió en las palmas de la mano su testa venerable, y entre sollozos le oyó Jorge que decía: *¡La disgraziata, la poverina!*

Luego se incorporó; ofrecióle á Inchaurrendieta una copa rebosante de líquido topacio, escancióse él otra, levantóla en alto — *¡Questa é la vita!* — dijo, y la apuró de un trago.



Después, sereno, tranquilo, volvió á hablarle de Rodín, de Miguel Angel, de Klinger, de la Cuerccia, de Guillaume. Era necesario conocerlos á todos.

Aquella misma noche llegó Jorge á su casa muy puntual para la cena. Estaba locuaz, alegre, expansivo. Al levantar los manteles sorprendió á su madre con la noticia de que aquella noche no salía. ¿Salir? ¿salir? ¿A dónde? ¡Si este Madrid es tan pequeño! Si no hay adonde ir; vamos á ver ¿á dónde va uno? ¿A un cafetucho? ¿A morirse de tedio en el *Círculo*? ¿A *la cuarta* de Apolo?... Nada, nada; que Madrid es muy pequeño.

Parecíale á D. Indalecio que Madrid no era tan pequeño, pero no replicaba. El, al fin y al cabo, encerrado en su tienda de hierro ¿qué sabía?

De la pequeñez madrileña pasó Jorge con suavidades gatunas á la ponderación sublime de otras cortes europeas. Sus padres le oían embelesados. Era una dulce velada, con su hijo allí, al lado de ellos.

En el reloj de péndola se levantó un murmullo de ferretería, y en seguida, rápidas, sonaron diez campanadas. Ni D. Indalecio, ni Vicenta quisieron acostarse; aquella noche no tenían sueño. Continuó la cháchara. ¡De qué cosas tan lindas les hablaba Jorge! ¿Quién sería capaz de dormirse oyendo cosas tan bellas?

Cuando volvió á levantarse en el reloj de péndola rumor de hierro, Jorge ya lo había dicho todo, todo. Sonaron once campanadas. Los ferreteros quedaron solos; Jorge, soñoliento, se fué á la cama. La péndola con su toc-toc parecía el diente-cillo de un roedor mordiendo el tiempo. La imaginación levantina de la ferretera, que-

riendo volar lejos de allí, hacia regiones ignoradas, fué á posarse en una llanura de naranjales, con las barracas blancas como palomas, acurrucándose entre las copas cargadas de azahar.

Volvió á gruñir el reloj con ruído áspero, como si se desvencijase. Dió doce campanadas. Fué en este momento cuando Vicenta dijo: — Casi me alegro; corriendo el mundo olvidará..., olvidará. ¿Qué se ha pensado esa... ropa-blanquera?

Y á los pocos días, Jorge Inchaurrandieta se alejaba á todo vapor de aquel Madrid tan pequeño. Era ya noche, cuando el tren corría por entre los densos pinares de la Sierra. Jorge miraba el paisaje oscurecido. A veces veía el centelleo de una luz lejana, indicadora de alguna vivienda campesina. Jorge, viendo aquella estrellita roja, pensaba: ¡Quién sabe si de ahí me enviaron los ricos presentes, los perfumados dones!

Por encima del pinar asomó la luna; una luna grande, solemne, que derramó sobre las copas del bosque su claror pálido. Elevóse de la tierra niebla plateada; los pinos parecían envueltos en nubes de espuma. Jorge se imaginó el taller de su maestro en aquella noche de luna; parecióle que por el pinar mismo vagaba la *signora...*, la *poverina*, entre la niebla luminosa, plateada... Los pinos emblanquecidos eran fantasmas de tumba, extrañas creaciones del papá de Paternina, y entre ellas, en la *bella notte*, cantaba la *signora*, la *disgraziata*, la *poverina*.

Fué una mañana primaveral y caliente cuando el cartero, entre las habituales cartas de correspondencia y de comisionistas, dejó en la ferretería un rollo largo, apretado, envuelto en faja azul,

con una etiqueta rosada. Inchaurreandieta cogió entre sus dedos herrumbrosos aquel rollo palpándolo un momento, pero había carro á la puerta y lo dejó con las cartas dentro de la jaula de los guarismos.

Allí estaba el carro, con su toldo de lona, su farol polvoriento y su mastín peludo. Hubo que subir hierro de la cueva, hubo que descolgar coronas de alambre, hubo que traer rejos de arado; sonaron las esquilas pendientes en racimos, descolgáronse mazorcas de cascabeles, sobre los platillos de las balanzas oyéronse granizadas de perdigones; era la época de actividad campesina, la reflorescencia de la primavera removiendo hasta los fosos de la ferretería, y entre tanto guardado tras las rejas de madera aquel rollo azul y rosa como una flor serrana.

Por fin, el navío levó ancla, desatracoó de la puerta, y D. Indalecio perdió de vista el toldo que se balanceaba con los tumbos. Volvióse á la jaula para abrir su correspondencia comercial; órdenes, cuentas, facturas..., y entre tanto el paquetito azul esperando allí, flor en capullo, á que lo abrieran. Los sellos delataron su procedencia; aquello venía de París, y sin más vacilaciones, atravesando la trastienda, dirigióse Inchaurreandieta al comedor con el rollo en la mano. Eran las doce. Sobre el limpio mantel humeaba la soperá. Vicenta aguardaba á su marido.

Entre los dos rasgaron la envoltura. Salió un cuaderno grande, de tapas muy lustrosas, colorinescas. Se esparció al desplegarlo un olorillo suave. Tendiéronle en la mesa, sobre el albo mantel; los esposos estaban juntos, muy juntos, casi pegados los rostros; la soperá seguía humeante

en el centro. En la tapa de aquel cuaderno de brillantes colorines, vieron un rótulo breve y sonoro que les evocaba algún recuerdo borroso, adormecido en la memoria.

—Este es el título de un drama — dijo el ferretero.

—No; me parece que este es el título de una ópera—dijo con sagaz adivinación la ferretera.

Abrieron el perfumado cuaderno por la primera página, y estampado en ella, claro, hermoso, había un retrato. El ferretero y la ferretera se miraron frente á frente, con los ojos muy abiertos, después cada uno cogió una silla; pusiéronlas muy juntas y sentáronse ante el cuaderno. El humo de la sopera se cernía sobre sus cabezas.

Las primeras palabras salieron de boca de la valenciana y fueron éstas:

— ¡Qué guapo! Con toda la barba.

Era verdad; estaba muy guapo, con guapeza varonil, briosa hermosura, mezcla feliz de vasco y levantino.

— ¡Ya quisieran, Indalecio, ya quisieran ser así los príncipes que retratan los papeles!

La barba era como las crenchas: rizada, fina; vestía el retratado una cazadora de pana, sobre la cual caían en gracioso desgaire los cabos de la corbata, anudada en lazo de mariposa. La mirada como siempre, penetrante, altiva, casi dura. Miraba de soslayo; parecía dirigir á los ferreteros una mirada furtiva. Debajo estaba el nombre.

Lo triste, lo angustioso, lo aflictivo fué para los Inchaurrendietas no poder enterarse de lo que decía aquel cuaderno grande, satinado, oloroso. Hablaba de él, de él sólo, porque de cuando en cuando surgía su nombre. Vicenta recorrió los

renglones uno por uno. ¡Catorce veces, señor, catorce veces le citaban! Pero sólo su nombre era cosa inteligible.

Recorrieron las páginas llenas de estampas que también debajo tenían su nombre. Pero del texto nada..., nada.

Comieron poco. Vicenta á la vez que comía dió vueltas á una idea extraña, extraordinaria, pero salvadora. Aquí, nadie entiende esta lengua endemoniada—pensó ella,— aquí hierro, hierro. Esos dependientes..., ni uno. Yo sé quien la sabe, quien la entiende. Sí, Indalecio, yo sé quien la sabe, pero no me atrevo. Sabe poquito; es lo bastante. Sí, sí lo sabe. Se lo enseñaron; no seas bobo... Les ahorraba un sueldo; por eso se lo enseñaron. La correspondencia de las fábricas francesas la despacha ella. Su comercio no es como el tuyo; no seas bobo. Necesitan la moda, necesitan rozarse bien con las cosas de Francia. Toda la ropa blanca viene de Francia. ¿Piensas tú que es lo mismo confeccionar camisas que vender arados?

Sin acabar de comer, se levantó de la mesa, arrebujóse en una mantilla y salió del corredor á la trastienda, de la trastienda á la tienda y de la tienda á la calle. El cuaderno llevávalo arrollado. Los dependientes la vieron salir; era inusitada, extraordinaria aquella salida. Un instante después viéronla entrar de nuevo en la tienda.

Desplegó el cuaderno; púsolo ante ellos preguntándoles: ¿quién es este? ¿quién es este?

Todos le reconocieron.

—¿Verdad, qué reguapísimo?

Doblando la hoja volvió á la calle, y al llegar á la plaza de la Feria oyó que los pájaros cantaban entre las copas de los árboles; hasta vió algunos

andando á saltitos por encima de las pequeñas praderas. Parecióle que ella también andaba á saltitos. Pero no; ella andaba como siempre; era su corazón el que andaba como los pájaros de la plazuela. Paróse un instante junto á un estanquillo cual si le interesara mucho el chorro de agua cayendo sonora sobre los peñones del centro.

—¡Bah!...—se dijo á sí misma—¡Qué boberías! ¿Porqué no he de entrar? Adentro, adentro.

Rita estaba en su escondrijo con la labor eterna entre las manos. Es indudable que al entrar Vicenta se aceleró un poquito el movimiento de los husillos entre los ágiles dedos de la Lainez.

—Arriba está; sube.

—Hija, sí; un momento; voy á verla. Si creo que hace un año que no la veo.

Todos los dependientes se maravillaron de la agilidad y prontitud con que la hermosa valenciana dando vueltas en torno del serpentón, se coló en el entresuelo.

—¡Celia! ¡Celita! ¿En dónde estás, criatura?

Al oír la voz de la ferretera se asustó Celita; pero al verla, se deshizo la alarma. Sobre la faz de la Lainez, restallaron dos besos. Celia volvió á alarmarse.

Entre besos y palabras cortadas entraron en la sala.

—Celita, por Dios..., ni que fuese yo visita de cumplido.

Era una salita rectangular, baja de techo. La sillería alineada con mucha regidez alrededor de los muros; estaba toda cubierta con fundas blancas; debe decirse que aquellas fundas eran de una blancura deslumbradora, y que además estaban muy planchadas. En los dos balcones, cortinajes

en pabellón de vaporosa muselina y pendiente del techo una araña, también enfundada. Todo el piso cubierto de esterilla, tan nueva, tan limpia; que rebrillaba con suaves tonalidades de oro viejo, tras las vidrieras veíase la fronda de los plátanos, de las acacias; su ramazón casi rozaba los cristales. Entraba á torrentes la luz enverdecida á través del ramaje. Oíase el pío-pío de los pájaros. Vicenta acomodóse en el sofá; Celita en una butaca. Celita tenía, como siempre, su delantal de peto, blanco, rizado, limpio. Parecía una funda más en la sala nítida, de mueblaje blanco, de claridad verdosa, de suelo dorado.

Vicenta enseñóle el retrato:—Mira, mira, si parece un príncipe.—Celia lo cogió en sus manos. Su rostro se puso blanco, pálido, como las fundas; sus labios querían sonreír, pero no sonreían; las rizosas hombreras del delantal se agitaban como la espuma de las olas con la brisa fresca, matutina.

—Sigue, sigue mirando; verás sus obras, sus esculturas.

Celita volvió la página. Sobre un fondo negro resaltaba con blancura de marmol una de aquellas obras. Celita se puso roja, con rojez de guinda.

—Bueno, esa no la mires; pasa, pasa.

Pasó la hoja; la pasó con timidez, con pudoroso recelo.

—No tengas miedo, tontina, pasa..., pasa.

Otro fondo negro, otra escultura blanca. No pudo reprimirse; fué un grito, fué un sollozo, ¡*Mi amita!*... ¡*Es Mi amita!*

Era su delantal, era su llavero, era su moñito, era ella..., era ella.

Una rama de acacia, movida por el viento, rozó los cristales. Sobre el hierro del balcón posóse un pájaro; tenía las alas negras, el pico era blanco; la pechuga también era blanca.

Las dos mujeres, atraídas por el roce de la acacia, volvieron la vista y vieron el pajarillo con las alas negras, con el buche blanco.





Hugo, violetas de Becquer, flautas de Verlaine, y su corazón español. Vosotros no sabéis, imbéciles, como canta este poeta.

En la sombra de una de estas noches, ha sonado en Madrid su voz, y su voz decía palabras nuevas, versos divinos, sobrenaturales, versos de auroras y mujeres, cosas sutiles y fragantes. Pero es su voz, es su voz la que sabe cantar sus canciones; su boca tiene la nota con que cada palabra ha nacido, el matiz de cada medio tono, esa dulzura de las flores, esa lenta sonoridad, esa elegancia...

El maestro ha estado entre nosotros.

**L**os vicios.—Desde que hago buena vida he dejado de ser el mismo

—Ventajosamente.

—Al contrario. Me siento muy mal, muy triste, deprimido, y para confusión del médico, enfermo como nunca.

—Consecuencia de los excesos anteriores. Síntomas de abstinencia.

—Eso creí yo en un principio. Tengo mi gran moral en los tuétanos, como buen español sentimental é inocente. Pero después...

—¿Qué vas á decirme?

—Una atrocidad, un disparate... lo que tú quieras, pero una gran verdad de que he hecho la experiencia. Nadie vale nada sin sus vicios. Nadie es otra cosa que sus vicios.

—¡Monstruoso!

—¡Claro! ¡Monstruoso! Y lo más natural del mundo, puesto que del mundo son las monstruosidades.

—Déjate de filosofías.

—¡No quiero! No habéis de quitarme este último vicio. Estoy harto de oiros—cuando la dais de modernos y despreocupados—que es preciso vivir la vida, sentir y no pensar, tomar las cosas como son y no

ponerlas en presión para sacarles el jugo artístico ó la quintesencia filosofal. ¡Tontería! Yo saco las consecuencias que me da la gana y las digo. Libres de creerme ó no, ¿qué os importa?

Y así, te repito que es necesario un vicio para vivir. La realidad lo muestra cada día. Un hombre puede morir de hambre. A un borracho no le faltará nunca una copa de vino para entretener la mayor necesidad de su vida, que es el beber. Además, se vive para algo. Lo demás sería absurdo. Unos para escribir, otros para pintar, otros para beber, para jugar, para *donear*, como decía el buen arcipreste.

—Llamamos vicio al abuso...

—No me importan las palabras. El poeta abusa de su fantasía, el borracho de su sed. Uno y otro extreman y abusan, y eso constituye su personalidad, su vida.

—¡Inmoral!

—Bien. Lo que yo te digo es que en todos los hombres existen los gérmenes de todo. Lo único que nos diferencia á unos de otros es el desarrollo de cualquiera de esos gérmenes en detrimento de los demás, el abuso de una facultad cualquiera. Lo que tú has definido como vicio es el fundamento de la personalidad. El abuso de la fantasía crea los artistas, el de la ambición los potentados, el de la codicia los millonarios. Un vicio hace un hombre. Desdichado del que no tiene ninguno. He ahí el verdadero monstruo.

Un vicio ha llenado el mundo de magníficas obras de arte: otro vicio ha divinizado á la mujer, encarnación del placer de los placeres. La obra del vicio es la única que vale la pena.

El que no los tiene, trabaja para satisfacer los de los demás.

MAETERLINCK ha venido á España en cruzada de arte; de su arte que es un ensoñamiento y una filosofía. Yo no sé de cosas más reales que estas que

parecen misterio, y que nos estremecen con el escalofrío de lo sobrenatural. Todas las grandes realidades, misterios son: misterio el morir, misterio el nacer, misterio el alma, la realidad más real de nuestra vida.

Maeterlinck inspira su teatro en estas realidades misteriosas y universales y por eso conmueve á todos; á los refinados y á los incultos, á los poetas y á los que no lo son, á las mujeres y á los niños: no es necesario comprenderle para sentir con él, porque la magia de su arte es, como la magia de la naturaleza, soberana por envolvente, y á los que saben y á los que ignoran dice su buena nueva.

**U**NIVERSALIDAD DEL TALENTO.—Puede dudarse de las aptitudes humanas para asuntos de alcance limitado y de menor cuantía: aparecen ellas restringidas por la necesidad de previos estudios y enseñanzas más ó menos dilatadas; pero en tratándose de labores de mayor importancia, es consolador ver cómo abunda la idoneidad. Si le pedimos á un amigo que guise un manjar, extraiga una muela ó corte un traje, nos contestará asombrado que no es ni cocinero, ni dentista, ni sastre; pero si á ese mismo amigo,—suponiéndonos para el efecto de esta disquisición armados de poderes mágicos que nos permitan, con sólo quererlo, convertir en realidad nuestros deseos,—le proponemos que ocupe un puesto en el Gobierno de enorme responsabilidad ante el público y ante la conciencia propia y de difícilísimo desempeño, no vacilará un instante en aceptar; ni como remota posibilidad le entrará en el magín la de que pudieran faltarle aptitudes ó conocimientos; no preguntará si se trata de redimir las finanzas nacionales, de salvar la industria patria ó de desenredar la enmarañada madeja de complicaciones internacionales, que amenacen comprometer hasta la integridad misma de la nación. Abandonará sus quehaceres, si es que los tiene,

ó se resignará á sacrificar sus ocios para acometer con absoluta confianza, como la del pato criado en tierra seca que por fin encuentra un charco, la magna labor para él desconocida y misteriosa, que ha de afectar á centenares de miles de personas.

Por esta razón, sí pueden faltar zapateros, sastres ó cocineros, nunca faltarán ministros, porque seguramente no hay un solo ciudadano que no esté honradamente convencido de que la cosa pública marcharía á las mil maravillas si las gentes tan solo tuvieran el buen sentido de encomendársela á él.

Esta abundancia de aptitudes, como queda dicho, es altamente consoladora; adviértese también en tratándose de asuntos de guerra. Actualmente, por ejemplo, no hay individuo que con la lectura de unos pocos despachos telegráficos en los periódicos, y acaso la inspección de algún mapa por el cual se ha enterado de que Rusia y Japón existen, no esté dispuesto á sugerir á cualquiera de los dos Imperios el plan de campaña por mar y por tierra que irremisiblemente ha de conducir á la victoria. La única diferencia en tratándose de cosas de guerra, es que las gentes se contentan con la exposición verbal de sus grandes proyectos é ideas, sin que les entre maldita la tentación de ir á atajar balas con sus preciosos cuerpos, en tanto que la carne de ministro es mucho más audaz, y da el asalto—como quien dice,—á los puertos desde donde ha de distribuirse la felicidad pública, con la fe imperturbable de quien se siente escogido por la Providencia para altísimos fines.

Rogocijémonos, pues, que la lista de ministros ó gobernantes nunca habrá de agotarse. Y si tal sucediera, ahí estamos nosotros también con nuestro talento, nuestras luces, nuestro «patriotismo.»—(¡oh, socorrido vocablo, que encubres más miserias que la noche con su manto!—dispuestos á salvar á nuestros conciudadanos, á costa de cualquier sacrificio, sobre todo si podemos hacerlo recaer sobre ellos, que para

algo nos ha de servir nuestro inquebrantable espíritu de abnegación.

**R**OSARIO PINO.—Para el beneficio de Rosario Pino se ha representado el drama de Galdós, *Realidad*. Con *El Abuelo* es ésta, á mi entender, la única obra teatral de Galdós, *completa*; y el atrevimiento que supone el haber hecho intervenir hace ya no recuerdo cuantos años, el elemento maravilloso humano de la aparición de un muerto sin sudario, de un muerto vestido á la moda misma del día en que murió, es de una arrogancia que habla del Genio.

Rosario Pino es la actriz soñada para estas ondulantes comedias modernas: su ir y venir flexible, tejiendo con su andar serpentino tramas de emoción; su travesura melancólica; aquel acariciar con la vista y el gesto cuanto la rodea, hasta hacer comunión estrechísima del ambiente y de su espíritu; su blanda y mimosa manera de decir... Yo he soñado para Rosario Pino la comedia de una mujer como ella, que á todos hiere, que á todos sonrío, y á quien todos aman y perdonan.

**F**ILANTROPÍA SATISFECHA.—Leíamos un poema corto que había dado mucho que hablar en la agitada yankilandia. Cuatro estrofas únicas: — En un campo de labor, endurecido por las brisas de invierno, un obrero labra la tierra y piensa que el fruto de toda su labor será ajeno, que para él no existe la misericordia, que es su destino como el destino del instrumento que emplea en su faena; trabajar mientras pueda, y ser mañana, inútil, arrojado al montón de ferralla. Surge en su espíritu la rebeldía, arroja la azada y se aleja, perdiéndose en las sombras del crepúsculo y en la negrura de la desesperanza. — Quien leía conmigo era un privilegiado de la suerte, que había encontrado

la mesa puesta para el festín de la vida; y juzgando derecho el bien que gozaba, con voz campanuda comentó el poema:—El mundo—dijo—está bien como está, cada cual tiene aquello que merece, y en nuestra época la repartición de los bienes de la tierra es justa y equitativa.—Y golpeaba su repleto abdomen. En tanto por la calle, como era invierno, pasaban las miserias del vivir: niños con hambre, niños con frío, niños y mujeres y ancianos con hambre, con frío, con desnudez, con desesperación... Cada cual tiene lo que merece. ¿Para qué nacieron si nadie les mandó nacer? Tiene razón mi amigo: vivimos en lo mejor de los mundos.

**D**EL DIARIO DE UNA NIÑA. — Copio: «Martes 1.º de Marzo.—Yo quisiera saber muy bien las lecciones mañana.—¿Por qué no acabaré pronto el encaje?—¿Por qué seré mala y no seré buena, para que me quiera todo el mundo?— Si yo tuviera mucho dinero viajaría por el mar á muchas partes del mundo.— ¡Cuándo seré mujer para hacer la comida y todo lo de mi casa! — ¡Cuándo seré yo mayor!» Y pienso: ¿Qué hará la vida con esta muñeca, tan sedienta de vivir, que en un instante forma media docena de deseos distintos? La nena en cuestión tiene once años y es muy bonita.

**L**AS SINGULARIDADES DEL RESPETABLE PÚBLICO.—Es verdaderamente extraño lo que ocurre con el público aristocrático, el público de los días de moda. Un autor, pudiéramos decir popular, por decir de algún modo que no ha nacido ó que no vive entre gentes de la aristocracia, escribe una comedia ó una novela: en ella pone á la vista vicios sociales, de esos que atañen con especialidad á las clases altas ó al menos que en ella son de más relieve. Y los aristó-

cratas fieramente se revuelven contra el osado, le zahieren de ignorante, le desdeñan desde todo lo alto de su orgullo, públicamente le muestran su desprecio y hasta imponen á las empresas de teatros la proscripción de sus obras: esto ha sucedido con Dicenta, hasta con Galdós.

En cambio un autor cualquiera de los de la *crème*, novelista ó dramaturgo escribe una obra, tales Danvila, Hoyos, Linares Astray; y sucede que la aristocracia sale de sus manos harto peor librada que de manos de los socialistas y demagogos, porque estos autores, que sin duda por tratarla de cerca conocen á su gente, realizan en la pintura de sus hazañas prodigios de realismo y exactitud, y hay que ver cuales quedan en opinión de estos «niños terribles» el culto del honor, y el decantado orgullo de la raza, y la limpieza heroica de los blasones. Pues bien: si estas obras se publican ó se estrenan, toda la aristocracia, no sólo las acoge con frenético aplauso, sino que se une para hacerlas triunfar, y convierte en cuestión de clase y puntillo de honra el ensalzamiento de quien con tales armas la combate y humilla.

Yo, por decir verdad, digo que ignoro si es rigurosamente cierto esto de los abismos de inmoralidad, descubiertos por el arte moderno en la aristocracia; pero sí me parece sobremanera peregrino, y aun si se quiere heroico, esto de que los mismos vulnerados acepten con júbilo, por venir de quien viene, la herida ó la lección que de otros labios rechazaron.

**T**EDIO. — Me gustan, por cierto placer que causa siempre lo imprevisto, los espíritus paradójicos; pero ocurre ¡ay de mí! que bien pronto me acostumbro á ellos y aprendo de memoria la mecánica de sus negaciones, afirmaciones, contradicciones, etc.; porque es de admirar el riguroso método lógico que emplean, en su falta de lógica, estos amadores de la

brillante contradicción. Y una vez comprendido el tal método, sabida la razón de la sinrazón, el paralogismo es insoportable; porque falta el encanto de la sorpresa y queda la molestia de la contradicción.

Es imponderable lo que cansa la persistencia de un matiz de espíritu cuando este matiz no es la bondad. En el arte llegan por *razzias* los famosos matices.

Hay días en que aborrezco todos los libros del mundo; y es que me ocurre con ellos lo mismo que con las paradojas, adivino cómo se han escrito, y ¡adios encanto!

¡Pícara condición! Siempre deseando comprender, y en cuanto se comprende, irremisiblemente, á tener en poco. Por eso causan tanta pena esos días en que cree uno comprenderse á sí mismo.

Ⓢ QUÉ presuntuosa es el alma cuando no tiene penas! ¿Presuntuosa ó generosa? ¡Qué sé yo! Acaso la generosidad es un matiz más de la soberbia.

HELIOS



# APUNTES INTERNACIONALES

## EL PELIGRO AMARILLO

SOLICITADA la atención del mundo entero por el duelo formidable entre Rusia y el Japón, surgen con relieve inusitado las contingencias que se consideran inevitables en cada caso, según el pueblo que obtenga la victoria. La significación de Rusia en el desarrollo de la humanidad, ha venido preocupando al mundo occidental desde hace varios siglos; conocido es en su espíritu, si no en su letra, el testamento de aquel Pedro *El Grande*, que fijó el derrotero á la política y á las aspiraciones de sus sucesores. Para ellos el Continente asiático, todo él, habría de ser con el tiempo parte de sus dominios; los cosacos sólo habrían de detener el ímpetu de sus caballos ante las olas del grande Océano, ya en los mares de la India, ya en los de la China. La bandera de los zares habría de tremolar en Constantinopla y en Bagdad, en Bombay, en Calcuta, como también en Teherán y en Lasa y en los más elevados picos de los Himalayas. A la conciencia de que esa política existe, inquebrantablemente fija á través de las generaciones, obedece también el convencimiento, por nadie contradicho, de que la Gran Bretaña y el Imperio moscovita están emplazados para una época más ó menos remota, pero irremisiblemente, para dirimir por la fuerza la contienda de la supremacía en la vasta península indostánica. A ese factor, no expresado siempre pero siempre presente en el espíritu de estadistas y guerreros, obedecen desde hace más de dos siglos, cada vez con mayor acentuación, las combinaciones

políticas, las alianzas internacionales, los planes de defensa y de ataque; porque ni Rusia consentirá en restringir su desarrollo dentro de límites más estrechos de los indicados, ni Inglaterra se alejará jamás voluntariamente del Imperio de la India.

En este caso el antagonismo es entre dos ramas de la raza blanca, ambas cristianas, animadas por muy distintos ideales. Empero, tratándose de Rusia, se considera que la evolución del despotismo hacia la libertad, no es solamente posible sino segura, y que la mente rusa, aunque con lentitud, ha de ascender la escala de la civilización occidental y logrará asimilarse uno á uno los progresos de la libertad. Se juzga que todas esas manifestaciones de rebeldía desesperada, que con tanta frecuencia se advierten en Rusia, son los signos precursores de una tempestad regeneradora que destruya lo existente y abra el cauce á nuevas corrientes de vida homogéneas con las del resto de Europa.

Más aún, el intelecto ruso ha sabido llegar á las más altas cimas del pensamiento europeo moderno; sus escritores, sus poetas y sus novelistas han hablado con voz inteligible para los pueblos occidentales; ha habido en esas voces aquella vibración íntima que pone de manifiesto la existencia de una fraternidad radical en las almas, entre el pueblo ruso y los pueblos de Europa.

Pero en tratándose de las razas amarillas cambia por completo el aspecto de las cosas. Con razón ó sin ella, los occidentales consideramos á los pueblos amarillos como pueblos bárbaros; la concepción de la vida que ellos tienen nos parece inaceptable, y aun en los casos en que llegan á despertar nuestra admiración, va ésta acompañada de un sentimiento de asombro, algo así como una incredulidad invencible, que nos hace considerar como extraño capricho que no ha de perdurar en encadenamiento lógico de hechos análogos, aquello mismo que nos sorprende.

El predominio de Rusia, encarnación del absolutismo no se consideraría como un peligro que entrañara la destrucción de la civilización occidental; sería un desvío de la corriente, un dique puesto por una ó más generaciones al curso del progreso, pero por lo mismo que se juzga á los rusos aptos para la civilización europea y en vía de asimilársela, se cree que su triunfo no habría de afectarla hasta el punto de destruirla.

El temor de esa destrucción es á lo que quiere aludirse cuando se habla del peligro amarillo. Se piensa que si los pueblos amarillos llegan á unirse y adoptan los métodos de guerra europeos, podrán constituir una amenaza tan terrible para la civilización occidental y cristiana, que ante ella desaparecerán todas las rivalidades de los pueblos de Europa, que, para hacerle frente al enemigo común, tendrán que unirse.

Los elementos del problema se exponen más ó menos así. Los pueblos amarillos, numéricamente, son muy superiores á los pueblos blancos; esos pueblos amarillos aparecen como sumergidos en un letargo de siglos; son como una masa relativamente inerte en que la espada occidental corta á su antojo. Les faltan la acometividad, el espíritu de agresión y la cohesión que da á las naciones la posesión de ideales que se traducen en movimientos de expansión incontenibles. Así se explica que hayan bastado en numerosas ocasiones algunas decenas de miles de soldados europeos, para someter ó humillar imperios con decenas ó centenares de millones de habitantes.

Al lado de estos fenómenos, en un transcurso de tiempo tan corto, que cabe en la vida de un hombre, un pueblo de raza amarilla se ha erguido ante la humanidad, mostrándose tan apto para la guerra, para la expansión y para lo que se llama hoy imperialismo como cualquier otro pueblo del mundo.

La guerra misma, que es, ha sido, y sin duda continuará siendo el método supremo de las transforma-

ciones históricas transcendentales, ha sufrido grandes transformaciones: el valor individual cuenta por muy poco; la disciplina es el factor supremo cuyo alcance se multiplica en razón directa del número. Las armas y las máquinas de destrucción reducen la guerra á un choque de fuerzas preciso y definido como en mecánica. Los buenos soldados pueden formarse con el material humano que fuera menos apto para la lucha individual. Un militar experto sacará espléndidos regimientos de combate de razas acostumbradas á la esclavitud y encorvadas á través de los siglos bajo el látigo de amos despóticos y despiadados. Los ingleses en Egipto, como se ha visto recientemente en las guerras sudanesas, lograron ese resultado con los naturales del país, esclavizados desde el tiempo de los Faraones. Quedó comprobado que lo que se necesita son buenos oficiales, hábiles en el arte moderno.

Con este hecho delante de los ojos, se arguye que los japoneses al llegar á la hegemonía indisputada de las razas amarillas podrán organizarlas de modo que constituyan la fuerza suprema y decisiva en todo el continente de Asia, y que podrán amenazar á Europa, inferior en población y acostumbrada, en mayor ó en menor grado, según el desarrollo de la civilización moderna en las distintas naciones á libertades individuales que vendrían á ser otras tantas trabas para la constitución de estados puramente militares, sin más objetivo que la lucha armada.

Esa posibilidad de que los centenares de millones de pueblos amarillos adviertan las potencialidades que ellos mismos entrañan, es lo que se llama el peligro amarillo. Sin duda que hasta ahora él ha aparecido muy remoto, sin que por ello hayan faltado quienes lo señalen con todas sus ominosas posibilidades á los pueblos cristianos. El actual emperador de Alemania ha sido uno de los atalayas anunciadores; desde hace muchos años pintó un cuadro, no con palabras sino con el pincel sobre el lienzo, en que ale-

góricamente describe esa gran lucha entre el Occidente y el Oriente, entre Cristo y Budha. Con la presente guerra, que apenas está en sus comienzos, la amonestación imperial adquiere carácter de actualidad palpitante. Audaz sería quien se atreviera á vaticinar si Guillermo II tiene razón en sus temores, ó si son ellos tan solo una pesadilla imperial que fatiga el espíritu del monarca con la inminencia de peligros que amenazan trastornar el curso de la historia universal.

El mundo cristiano, no lo es sino en el nombre; el progreso material es como una púrpura que encubre un cuerpo lleno de llagas. Todas esas manifestaciones de violencias rebeldes, como las mencionadas más arriba que cada día ganan en intensidad, son protestas contra el desigual reparto de los bienes de la tierra. El industrialismo y el capitalismo aumentan progresivamente en crueldad é indiferencia para con los oprimidos. Los altos ideales han desaparecido. Dentro de las naciones mismas, los poderosos, que son los menos, oprimen con yugo más que insoportable á las hambreadas muchedumbres; y á veces, las grandes naciones se ligan, como en cuadrilla de bandoleros, para asaltar y despojar á pueblos más débiles. Esos mismos pueblos amarillos han sufrido, en época no lejana, la invasión de las hordas occidentales, rapaces y famélicas que, diciéndose cristianas, superaron en ferocidad y en inhumana barbarie á los más tenebrosos recuerdos de los conquistadores asiáticos como Tamerlán, cuya lejana huella vibra todavía en las páginas de la historia, como un azote de destrucción y de exterminio. Inexcrutables como son los caminos de la Providencia, ¿qué mucho habría de ser, que el azote amarillo cayera en las espaldas pecadoras de las naciones que se llaman cristianas, de cuyo espíritu ha desaparecido la doctrina del Redentor, proscripto del templo por los mercaderes omnipotentes?

S. PÉREZ TRIANA.

# LA VIDA LITERARIA

## LLIBRE DELS POETAS <sup>1</sup>

### UN' OMBRA

*Bona nit, cavallers.*

*Os donch la benvinguda,  
del teatre del món veniu a un de més xich.  
Per mon llavi insegur nostra gent vos saluda,  
y vos allargo en nom de tots, la mà d'amich.*

*Volem ser... Oh Deu meu, els somnis de la vida!  
Volem ser molt, y ardits nostre camí hem emprès.  
Potser que siguem molt com la esperansa ens crida.  
Tal volta siguem poch. Tal volta rès.*

*—Grans de pols que s'en van! Cansons de jovenalla!—  
al escoltà eixos mots direu tot badallant.  
En va! Caminarèm, y si som foch de palla,  
al menys ens podrèm dir qu'hem brillat un instant.*

*Y are no us esglayeu si en nostras aventuras  
veyeu un d'eixos crims per somià á la nit;  
la espasa en lloch de sanch fa rajar serraduras;  
al intermedi el mort s'alsará totseguit.*

*Silenci sepulcral! En sa cova enarcada  
l'apuntadó ja veig! Comensa la funció.  
Os saludo altre cop ab la testa inclinada.  
Santa nit, cavallers.*

*Aixequéu el teló.*

### ESGLÉSIA

*Oh, la plácida esglesia de poblet!  
Quan impera mitjorn, fa una son dolça.  
Dues vellas al fons parlan baixet.  
Hi ha un gat que dorm y un sagristá qu'espolsa.*

---

1. Véase la nota crítica en la sección correspondiente.

*Espolsa un Sant Bernat de cabell roig  
y'n treu aixám de bolvas. Y s'aguayta  
el Sant tot nou y tot mudat; fa goig.  
El gat desperta. El sagristá l'empayta.*

## IDILI

*Devant de la capella  
hi há dos reclinatoris;  
l' un es roig de rosella.  
l' altre es blau de myosotis.*

*Y passen dòls y festas  
devant l' altar d'ivori,  
sentint demunt sas testas  
aletejar d' ensomnis.*

*Y son perquèls agafin  
las ánimas que plorin;  
un fort, perquè l'aixafin;  
un suau, perquè l'amoixin.*

*Un llantió els llumena.  
Deu fassa que may mori!  
La Verge riu serena  
sens qu'una flor se'n mogui,*

*y llú com una estrella  
entre els retaules gòtics.  
Devant de la capella  
hí há dos reclinatoris,*

## GLOSA

*Sabem geografia,  
sabem sumâ y restâ  
y ens tancan unas portas  
y no podem passâ.*

*Redera de las portas  
qui sap lo que hi haurá!  
la merla y el canari,  
la rosa y el lilá.*

*Angels de blancas alas,  
fadas de dols mirà:  
Que s'obrin eixas portas  
qu'ns fan desesperà!*

*Obriu, obriu  
obriu que volem entrà!*

#### EL REY LEAR

*Era un Rey molt vell  
am la barba blanca  
y am els cabells blanchs,  
y anava pel món  
dient mots extranys.*

*Passava la vista  
plorant y rient,  
y quan el trobavan  
els aucells guaytavan  
am el bech obert.*

*Els trons y la pluja  
la pedra y'l llamp  
queyan demunt d'ell  
y'l feyan més bell  
y'l feyan més blanch.*

*Y ell deya:—Oh ma estrella!  
Oh ma blanca estrella  
de dolors feixuchs!  
Què hi faig a la terra  
si soch blanch con tu?—*

#### CLARA

*Has vist á Egmont, la meva mare,  
enmantellat de resplandors?  
Has vist a Egmont, la meva mare,  
sobre un camí de flors?*



*Has vist á Egmont, la meva mare?  
Fort com el llamp, y bo com tu.  
Es allá al fons, la meva mare.  
Porta un vestit que llú.*

*Has vist á Egmont, la meva mare?  
Has vist á Egmont? Es meu, tot meu,  
té espasa d'or y plomas blancas  
y dú un cavall de neu.*

*Has vist á Egmont, la meva mare?  
No es una boyra en l'horitzon.  
Va tot vestit de flams de porpra.  
Si, mare, qu'es Egmont!*

JOSÉ CARNER.

## INFORMACION LITERARIA

### • • TIERRAS SOLARES EN BARCELONA • • •

**D**ESPUÉS de algunos años vuelvo á Barcelona, tierra buena. En otra ocasión os he dicho mis impresiones de este país grato y amable, en donde la laboriosidad es virtud común y el orgullo innato y el sustento de las tradiciones, defensa contra debilitamientos y decadencias. Salí de París el día de la primera nevada, que anunciaba la crudez del próximo invierno. Salí en busca de sol y salud, y aquí, desde que he llegado, he visto la luz alegre y sana del sol español, un cielo sin las tristezas parisienses; y una vez más me he asombrado de cómo Jean Moreas encuentra en París el mismo cielo de Grecia, el cual tan solamente da todo su gozo en las tierras solares. Bien es cierto que el poeta se refiere más al ambiente que á la luz, más al respirar que al mirar. Pero la bondad de este cielo entra principalmente por los ojos y los poros, abiertos al cálido cariño del inmenso y maravilloso diamante de vida que nos hace la merced de existir.

Cuando os escribí de España fué á raíz de la guerra funesta. Acababa de pasar la tempestad. Estaba dolorosa y abatida la raza, agonizaba el país. Y os hablé, sin embargo, de la mina de energía, del vasto yacimiento de fuerza que hallé en esta provincia de Cataluña, gracias al carácter de los habitantes, de antaño famosos por empresas arduas y bien realiza-

das; y admiré la riqueza y el movimiento productor de esta Barcelona modernísima, hermana en trabajo de la potente Bilbao, afortunadas hormigas ambas que no han mirado nunca con buen mirar á la cortesana cigarra de Castilla. España estaba, por opinión general, condenada á la perpetua ruina, á la irremediable muerte. No se veía venir por ninguna parte el caballero esperado, á quien buscaba en la lejanía del camino la mirada ansiosa de la hermana Ana. Hubo el aparecimiento de los profetas del mal y la irrupción de los improvisados salvadores. Todo el mundo era hábil para indicar una senda propicia, todo el mundo se creía llamado á poner nueva sangre en el cuerpo del agotado. Se dijera un consejo de políticas.

Todas las políticas y todos los politiquistas sabían un secreto con el cual se iba á hinchar con músculos nuevos el pellejo del maltrecho León. En el mundo del pensamiento se veían apenas unas cuantas esperanzas, entre el coro de eminencias amojamadas. Apenas los pocos violentos, los revolucionarios, los iconoclastas, hacían lo posible por encender una hoguera nueva. Y olía demasiado á podrido en Dinamarca.

Hoy, al pasar, mi impresión es otra. Desde hace algún tiempo se ha notado un estremecimiento de vida en la península. Cierto que las políticas y los politiquistas continúan con sus ruidos inútiles y sus discursos verbosos; cierto que el joven Alfonso no sabe más todavía que cazar faisanes y dedicarse á toda suerte de sports, cierto que ni los del carlismo renuncian á su vago soñar ni los de la república pierden momento para proclamar que ellos son los dueños del porvenir y de la grandeza nacional, entre escándalos y rivalidades poco provechosas al verdadero ideal perseguido; cierto que el clericalismo inquisitorial por un lado y el militarismo montjuichesco por otro, no han cambiado un ápice desde los tiempos terribles en

que cayó, rojamente, el pobre y grande conservador D. Antonio Cánovas; cierto que nadie sucede al pobre y grande liberal Emilio Castelar; cierto que cierta prensa en que los antiguos baturrillos, tiquismiquis, ó dimes y diretes, continúan en una tradicional ignorancia de cultura, aun persiste; cierto que el hambre del pueblo no mengua; cierto que la pereza general y la inquina porque sí, del uno contra el otro, se sigue manifestando; cierto que sigue oliendo á podrido en Dinamarca. Pero, fijáos bien: una fragancia de juventud en flor llega hasta nosotros. Voces individuales, pero poderosas y firmes, dicen palabras de bien y de verdad que el país comienza á escuchar. Hay un rumor. ¿Es una resurrección? No, es un despertamiento. Se renace. Se vuelve á vivir, en un deseo de acción, que demuestra y anuncia una próxima era de victorias. No tenían razón los desconsolados, los que juzgaron el daño irremediable. He ahí los buenos pensadores de la nueva España que piensa; he ahí los buenos profesores del trabajo, los bravos catedráticos de actos, que enseñan á las generaciones flamantes la manera de conseguir el logro, de sembrar para recoger. Los superficiales del pedantismo desaparecieron; los superficiales del odio inmotivado, de la improductiva palabra, de las envidias absurdas, esos no existen más que en sí mismos. Existe, empero, una juventud que ha encontrado su verbo. Existen los nuevos apóstoles que dicen la doctrina saludable de la regeneración, del gozo de la existencia; los buenos escritores de desinterés y de ímpetu; los nuevos poetas que hablan armoniosamente, con sencillez ó con complicación, según sus almas, lo que sienten, lo que juzgan que deben decir, en amor y en sinceridad, con desdén del lodo verbal, de la vulgar hazaña, del reír injusto. Y eso en toda España, desde entre los vascos y catalanes activos, hasta entre los vibrantes andaluces y entre los habitantes de la gárrula corte. La salud será, pues, luego, total.

Mas, Barcelona, me detiene, con su carácter tan propio, y sin embargo, desde antes tan universalizada más que europeizada. Sus ramblas floridas hierven de almas, con su paseo de Gracia; las fábricas vecinas han adquirido mayor empuje. Llegan numerosos los barcos á traer el material de las industrias y salen cargados de la exportación pingüe que aumenta la existente riqueza. Se alzan palacios flamantes. La electricidad ayuda al progreso por todos puntos. La urbe se ensancha y la población crece. Tan solamente turban la paz activa de producir las agitaciones que de tanto en tanto siguen manifestándose y tomando incremento en el elemento obrero. Hay un huevo que empolla desde hace años la revolución latente; pero de ese huevo no saldrá ni con mucho la soñada gallina gorda de los socialistas, antes bien el ave roja de la anarquía. El obrero aquí no se deja embaucar y va viendo por sí solo. Los cabecillas pueden de un momento á otro perder su cabeza. El trabajador aquí se impone, y su imposición se nota. No se ve un solo establecimiento público que esté vedado á la blusa, y la blusa hace ostentación de su presencia en todas partes. La cultura general es también mayor, como ya otra vez lo he hecho notar, que en otras provincias. El ambiente barcelonés es el de un pequeño París. Sus artistas y escritores genuinamente catalanes están en contacto con todo el mundo. Esta tierra de hombres de labor material, este vasto nido de menestrales, es también sustentadora de fuertes cerebros, de aladas almas, de finas y sutiles imaginaciones. En el siglo XIX surge el marqués de Campo; lo cual no obsta para que nazca después Santiago Rusiñol. Rusiñol, espíritu encantador, pintor de soñaciones, maestro de melancolías, y el cual en todas sus obras pone algo de la tristeza que ha aprendido en las partes dolorosas y misteriosas de la vida. Le conocí en París, después de ser muy amigos desde lejos. Es la primera vez en que la persona no me causó decepción por el artista. Per-

sonal é intelectualmente es el mismo. Gracias á Dios que no me ha quitado aún—¡ni me lo quite nunca!— el don de admirar. Admirar de veras, con mente sincera, con el corazón ó con la cabeza, ó con ambas cosas. Me habló entonces Rusiñol de su drama *L'Heroe* y de la resonancia del estreno, pues en la pieza hay dura enseñanza popular dicha, si con manera de noble artista, con claridad que pone á la vista de todos una amarga lección de los injustos honores de la guerra. Los de arriba, los del poder y los entorchados protestaron é iban á provocar grueso escándalo; las representaciones cesaron por orden de la autoridad, y el artista dramaturgo tuvo que salir para Francia. Ahora veo en los carteles anunciada una obra nueva, que por su título juzgo causará, si cabe, mayores protestas. Se llama *El Mistich*. El soñador hace así su ofrenda de bien á los oprimidos, ayuda á los de abajo. Como debe hacerlo; desde arriba.

Otros poetas traducen á los clásicos, y á los modernísimos extranjeros. Hay un «teatro latino» que equivale á l'Oeuvre, ó al Libre de París. Se publican excelentes revistas de ideas y de arte, y libros de ingenios y talentos bregadores, presentados en formas artísticamente llamativas y de bella tipografía. Todo esto en catalán. Pues son raros los que como el noble poeta Marquina, prefieren vestir de castellano sus ideas.

La juventud—¡brava «joventut»!—cultiva su campo, siembra su semilla. Alza, construye su torre en el limitado cerco en que se oye su lengua; pero desde lo alto de su torre, ve todos los horizontes. Fecundo núcleo de vivaz civilización, la vieja Barcino, la generosa y gallarda Barcelona de ahora, se afianza en su seguro valor y alza la cabeza orgullosa coronada de muros, entre la montaña y el mar, que vió partir en otros siglos los barcos de sus conquistadores. ¿Existe el catalanismo? ¿Existe el odio que se ha dicho contra el resto de España? Yo no lo creo ni lo noto ahora.

Existe el catalanismo, si por catalanismo se entiende el deseo de usufructuar el haber propio, la separación de ese mismo haber para salvarlo de la amenazadora bancarrota general, el derecho de la hormiga para decir á la cigarra: «¡baila ahora!»; y la voluntad de mandar en su casa. Mas así como el ansia de porvenir ha unido á los obreros catalanes con todos los de la península en una misma mira y un mismo sentimiento, el deseo de vuelo y expansión comienza á unir á la intelectualidad libre catalana con la libre intelectualidad española, representada por admirables personalidades pertenecientes á todas las provincias, ligados así todos por la solidaridad del pensamiento y el propósito de olvidar pasados defectos y errores y colaborar en la misma tarea de bondad y de gloria. Ciertamente, repito, que quedan los anquilosados de ayer, los rezagados de la pacotilla, pero toda la sucia y seca hojarasca desaparece al brotar la nueva selva, al renovarse la flora del viejo jardín, á la entrada triunfal de la recién nacida primavera. La América española ha mandado también sus embajadores, y poco á poco se va formando más íntima relación entre ambos continentes, gracias á la fuerza íntima de la idea, y á la internacional potencia del arte y de la palabra. Pues hasta, por mayor decoro, la vida comercial misma ha sacado ventajas, ayudada por los predicadores de las letras y misioneros del periodismo. La unión mental será más y más fundamental cada día que pase, conservando cada país su personalidad y su manera de expresión. Se cambiarán con mayor frecuencia las delegaciones de los intereses y las delegaciones de las ideas. Seremos, entonces sí, la más grande España, antes de que avance el yanqui haciendo Panamacs. Que cada región tenga y conserve su egoísmo altivo, pues de la conjunción de todos esos egoísmos se forma la común grandeza; cada grande árbol crece y se fortifica solo y todos forman la floresta. Esto me hace pensar la Barcelona de las rojas barretinas y de las

compañías de vapores, la Barcelona de Rusiñol y de Gual y la de las copiosas fábricas y nutridos almacenes; la que hace oro, labra hierro, cultiva flores y se fecunda á sí misma, entre los montes altos, silenciosos y las inmensas aguas que hablan.

RUBEN DARÍO.

N. DE LA R.—Ruben Darío publica en *La Nación*, de Buenos Aires, bellas correspondencias, que desconocen casi todos los lectores de España y muchos de Hispano-América. A su paso por Madrid, recientemente, el gran poeta nos ha hecho la merced de autorizarnos para reproducir en HELIOS dichas correspondencias.



NOTAS Y ENSAYOS DE UNA  
TRADUCCIÓN DE «EL  
CUERVO» DE EDGARD POE

PARA MRS. PERRY WORDEN

LA crítica ha estudiado á Poe parcamente, pero le ha estudiado bien. Mallarmé le consagró sus versos y Baudelaire su prosa. Este, además, analizó su espíritu en un estudio admirable de esos que se hacen sobre los artistas que nos han dominado, que nos enseñaron con su dolor. Ingram tiene también su *Memoir*. Griswold, aunque algo canallescamente, ha dicho mucho sobre el poeta. Y la escritora Osgood—de quien tanto habla Baudelaire—nos le descubre íntimo en unas cartas por cierto admirables. ¡Qué gran artista debió ser esta ingenua escritora! Todo el fárrago de Griswold—incluyendo el deslabazado estudio que colocó frente al poema *Eureka*,—no vale lo que dos líneas de la modesta Osgood. Ella nos habla de un Poe desconocido que no es por cierto el de la leyenda. Ella nos le hace conocer, íntimo, artista, extrañamente noble y romántico, sintiendo la sangre azul de sus ascendientes, llevando en su mirada el sello de su destino novelesco. En verdad, que el hijo de David Poe, el nieto del Almirante Mac Bride, educado en Londres y viajero por Europa y Oriente, no nos recuerda al «aventure-

ro» de New York, ni al haraposo moribundo recogido una noche en las calles de Baltimore... Todo escritor de temperamento místico—y Poe lo fué—es siempre un problema; y de los que estudiaron á Poe, muy pocos se detuvieron á examinarle... ¡Quién podría sondear este espíritu extraño, cantor místico en *Ulalume*, *El Palacio encantado* y *The Conqueror Worm*, poeta cosmogónico y hesiodeo en *Eureka*, ferviente analista del misterio y de su propio dolor en *The Raven* y *Shadow!* ¡Quién podría juzgar este espíritu gemelo á veces del de Novalis!

Yo siempre conservaré la impresión que me produjeron los párrafos de Osgood... Siempre recordaré al místico cincelador de su alma encerrado en la torre perfumada de sus fantasías, resignado en su humilde vivienda, siempre hundido en una labor superior á sus fuerzas, siempre ferviente ante el retrato de la *Leonor perdida*...

Los que solo conocen al autor, en verdad admirable, de las *Historias extraordinarias*, no se explicarán el valor de las confidencias de Mrs. Osgood, pero el hecho es, que ellas nos revelan este espíritu complejo, amargado por dolorosas é intensas pasiones, por peligrosas y sutiles ingenuidades... ¡Oh cuánto la emoción y la ingenuidad pueden á veces amargar la vida! Reconstruir al Poe aristócrata, artista y poeta—que apenas podría vivir hoy en París ó Londres — nacido hace un siglo y en los Estados Unidos... Todas las nostalgias actuales, todas las complejidades de una herencia imborrable y todas las intuiciones de un espíritu aún hoy «anormal» trellándose ante las durezas de un país de mecánicos ¡Cómo no admirar en un caso como este, aquella vida extraña,

aquellas eternas y dolorosas peregrinaciones á través de «la inmensa prisión» americana y aquél inexplicable y misterioso viaje á Oriente! ¡Cómo no admirar la singular patina de experiencia y saber, adquirido no se sabe donde, que tiene toda la obra del poeta!

En la gran literatura americana, hay una obra que sobresale por su excepcional originalidad y que es una de las más famosas creaciones de Poe. Hablo de *El Cuervo*.

En este poema — genuina representación del genio de Poe — han bebido poetas que hoy son universales. Y así como en la muerte de Hugo pudiera verse un reparto de despojos de los que luego brota nueva y poderosa pléyade, así en la obra de Poe podrían encontrarse en germen todas las tendencias del que pudiera denominarse arte ventieval, ventisecular. Algunas veces podría entreverse un á modo de credo moderno en la obra del poeta. Yo he creído encontrarle esbozado en el *Domain of Arnheim*. Allí están por lo menos sus bases; ámplias, sencillas y revolucionarias... Lo *imprescindible* para este espíritu singular, está en el aire puro y libre... en el amor de una mujer «extraordinaria...» en el aniquilamiento nirvánico de la pasión... y en la creación de lo bello «de un nuevo género...» Yo creo que en estos cánones pudieran estrecharse Mallarmé y Verlaine, Emerson y Ruskin, Maeterlinck y Nietzsche... todos los que en suma son ó fueron sabiamente revolucionarios en lo moderno. Esta belleza de *nuevo género* de que Poe nos habla, fué la que presidió la creación de *El Cuervo*. Por el anhelo de esta belleza, se llegó en esta obra y en *The Bells* y

otros fragmentos, á un arte que pudiéramos llamar definitivo é insuperable, arte para ese Futuro severo de que nos habla Nietzsche... Yo creo que Zarathustra mismo ahogaría su serpiente y su águila, si murmurasen de estas obras de intensidad, de ansiedad infinitas...

Cuenta Baudelaire que, la misma mañana en que salía á luz *El Cuervo*, cuando el nombre del poeta circulaba de boca en boca, Poe cruzaba tambaleándose las calles de Broadway... La crítica recuerda esto. Pero nosotros debemos recordar tan sólo que *El Cuervo*, como obra superhumana, no pudo ser producto de la normalidad y del equilibrio. Debemos compadecer y aún admirar al poeta que se olvidó de sí mismo y de su vida... *El Cuervo* es un poema de desolación y de melancolía, en el cual el poeta atenaceado por el dolor y por la nostalgia de una «resplandeciente virgen», penetra en el mundo de las negaciones supremas. En este mundo, su espíritu de artista sabe escuchar los ritmos de las cosas invisibles, y de él nos trae sus poemas entraños y aun el ropaje de éstos, lo que Osgood denominara «sobrenatural y misteriosa música» de sus cantos. De él trajo también la originalidad en la exteriorización de sus ideas y su especialísimo modo de hacer que tanta curiosidad había de despertar. No puede negarse que lo que él denominara «principio poético» ha ejercido verdadera influencia en la literatura universal. Mallarmé mismo estudió las maravillosas teorías desarrolladas genialmente en ese curioso ensayo que él llamó *The poetic principle*... Y quién sabe sobre cuántas derivaciones

de su arte levantaron nuevos edificios arquitectos del arte posterior.

El amor fantástico y doloroso, el amor imposible, en suma no fué nunca cantado con la intensidad que caracteriza á Poe. Las immaculadas vírgenes de sus canciones, la «resplandeciente Leonor» de su poema, es algo más que una mujer; y la amargura del poeta por su pérdida, tiene algo de transcendental y de simbólico... *Ligeia*, *Morella*, *Leonor* y *Berenice*, son inolvidables creaciones tan sólo semejantes por su originalidad, á las heroínas de Maeterlinck. Son, como éstas, superterrestres y pálidas visiones que sólo concebimos deslizándose silenciosamente ante los sombríos tapices del castillo de nuestros ensueños, ó llorando con nosotros «sobre antiguos recuerdos de un saber olvidado». Son también algo perdido para siempre, que no nos será ya dado contemplar... Garrett, el olvidado lírico portugués, cuando hace llorar á un angel por la pérdida de sus alas—¡blancas alas de otros días!—despierta emociones semejantes á las que producen en nosotros estas extraordinarias heroínas...

La «extrañeza» de Poe es, sin embargo, inexplicablemente humana y en cierto modo concebible. Sus personajes parece que á veces vivieron nuestras mismas zozobras y no siempre permanecen lejanos y encantados en una atmósfera de presagios y de nebulosas fatalidades kármicas... Poe no es esto. Sus tristezas y sus nostalgias nos parecen las nuestras, y no pocas veces revelan las del mismo poeta, desgraciado «viajero» á quien «el inexorable desastre persiguió con encono» y

cuyas endechas tuvieron un día el melancólico estribillo de: «¡Nunca... Nunca más...!»

*... some unhappy master whom inmerciful Disaster  
followed fast and followed faster till his songs one burden bore  
till the dirges of his Hope the melancholy burden bore  
of: «Never... nevermore.»*

No hay digo, en Poe, el encanto de esas amenazas kármicas que tan artísticamente sabe utilizar Maeterlinck, y hay sin embargo una inmensa tristeza que nos domina, no sabemos por qué imperceptible desviación de lo normal. Sus personajes ocultan íntimos y misteriosos remordimientos, inexplicables terrores que el poeta no quiere descubrir, pero que vagan, sobre todo el poema, acusando á veces trágicamente al héroe... Tal vez por esto, los ojos del fatídico Cuervo — símbolo á veces de una conciencia extrañamente acusadora — abrasan el corazón del pesaroso protagonista, haciéndole prorrumpir en imprecaciones ilógicas... Otras veces, la atmósfera que rodea á sus héroes, al noble Usher, por ejemplo, el aura fatídica que parece envolver á sus castillos, y las narraciones en suma de aquellas casas que se hundan castigadas por la anormalidad, nos descubren las mismas emociones de misterio y de remordimiento. Después de Maeterlinck, nadie mejor que Poe supo pintar esas estancias, en cuya atmósfera vagan la amenaza y la opresión. Seguramente el extraordinario belga estudió los castillos de Poe para su admirable teatro. En los callados subterráneos del castillo de Usher, podrían aparecer Pelleas y Melisande, y aún ahogar su nostalgia hundidos en aquellas galerías sin ambiente y sin consuelo...

De esta vaguedad y aún oscuridad con la cual se apodera de nosotros el poeta, es sin duda de la que nos habla en cierto trabajo Mallarmé, cuando recomienda la simple «alusión»: «*Pienso que sólo es necesaria una alusión. El contemplar los objetos, el contemplar la imagen que surge de los ensueños suscitados por ellos; es el canto. Los parnasianos examinan y enseñan el objeto; fáltales así el misterio...*» La vaguedad, el misterio, la extrañeza, y aun cierta oscuridad artística, he aquí poderosos resortes de los cuales fué Poe uno de los primeros maestros. Ya sé que se abomina de ellos. Tolstoy decadente: y el público fósil les condena. Pero Mallarmé les recoge: *en poesía—dice—debe existir siempre el enigma...* Y merced á ellos y al ritmo extraño de sus versos, Poe nos coloca en un plano de evocaciones nunca antes sentidas. Técnico admirable en su idioma, logra apoderarse rítmicamente de frases enteras que sabe repetir con un arte realmente incomparable. En *El Cuervo* y *Las Campanas* hay verdaderas maravillas de este género. Cadencias y estribillos y onomatopeyas naturales, vibran siempre á través de la frase... Y ritornelos llenos de nostalgia, prestan á las ideas un encanto íntimo é intraducible. La versión es inútil. No despierta las emociones que sintió el autor. Las hechas en verso, desde luego son absurdas y pobres caricaturas del original; y tan sólo á manera informativa pueden intentarse versiones prosáicas; que siempre resultarán como tales: *prosáicas*. Bonalde y Estrada trasladaron en verso *El Cuervo* y *Las Campanas*, tal vez huyendo de esto. Mas el «ritmo rúnico» que efectivamente mece la frase inglesa, desapareció en sus versiones y con él la belleza y aún la verdad

misma. Solo Poe, y en su lengua, puede hablar-nos de sus campanas, que tañen y tañen en el helado aire de la noche marcando nuestro tiempo «á la manera de un ritmo rúnico».

*Keeping time, time, time  
in a sort of Runic rhyme*

Y lo mismo sucede en *El Cuervo*. El estribillo del poeta, el «melancólico estribillo de su esperanza perdida», el *¡never!... nevermore!* inglés, musical recuerdo de la *resplandeciente virgen á quien los ángeles llamaran Leonor*, presta al original una intensidad natural de que no puede darse idea en las versiones. Mallarmé mismo, al poner en prosa este poema, parafrasizó algunas veces arrastrado tal vez por lo sugestivo de la frase. ¡Qué habré de decir, después de esto, en disculpa de los simples ensayos!

Madrid, Noviembre de 1903.

VIRIATO DÍAZ-PÉREZ.



# LETRAS DE AMERICA

## CREPUSCULO

*Si de la tarde con la luz incierta  
allá en mi cuarto solitario leo,  
de improviso en mi mente se despierta,  
de tu amor y tu imágen el deseo.*

*Y en la penumbra tu mirada veo,  
que de la tarde con la luz incierta,  
aquella blanca página que leo  
observa con afán desde la puerta.*

*Y al terminarse mi delirio creo  
que te aproximas—con la mano abierta,—  
y me quitas el libro donde leo,  
ya de la tarde con la luz incierta.*

GUILLERMO POSADA.

## LOS LIBROS

JOSÉ CARNER • • • •

• • LLIBRE DELS POETAS

BARCELONA, 1904 • • •

José Carner es un poeta que responde en su obra á esta tendencia de intimidad y recogimiento, peculiar á toda la literatura contemporánea. Yo no sé si es porque la vida es triste, ó si es porque las gentes de espíritu aman las tristezas de su reino interior más que todos los goces exteriores: por lo uno ó por lo otro, las manifestaciones artísticas de la intelectualidad vanse apartando del tráfago de lo universal y haciéndose más líricas, si hemos de llamar lírica á la poesía que se engendra exclusivamente del trato entre el poeta y su alma.

De los libros de versos que ahora se escriben están proscritas en absoluto las antaño llamadas grandes ideas: huyeron las odas, y los poetas danse á descomponer sutilmente sus propias impresiones y emociones: y en este análisis, al choque del espíritu—que tiende siempre á ilusionarse,—con la realidad que no sabe de ilusiones, surge inevitablemente la ironía, amarga ó amable, según que el poeta se rebele contra la tiranía de lo real, ó á ella se resigne. La ironía de Carner es amable.

Hay dos elementos perdurables de emoción estética: la naturaleza, más bien el conjunto de cosas inanimadas,—paisaje é interior,— y la infancia.

El estudio literario del paisaje y de los interiores ha variado de carácter completamente en poco tiempo. Antes, ayer mismo, los escritores componían á su gusto y sabor los lugares en que sus personajes habían de moverse: eran como pintores escenógrafos, poniendo aquí una ruina y allá un estanque, acá un sitial, acullá una vidriera. De este modo, lo exterior no existía sino como marco de las figuras, y las cosas humildes jamás entraban á formar cuadro, sino atildadas á gusto y sabor del imaginador; así los vellones de todos los corderos eran nítidos y

limpios los hogares aldeanos, y nacían rosas en todos los huertos. Hoy ya no se compone el paisaje, sino que se estudia; y por eso comienza á vivir con vida propia, independientemente de las figuras; y en fuerza de mirarle como es, los escritores hemos llegado á descubrirle un alma; y ya las cosas dicen... lo que siempre han dicho, y lo que nadie se había interesado en oír. José Carner sabe escuchar la voz de las cosas y conoce su alma, como conoce y ama el alma de los niños, hasta ahora también harto desdeñada por la soberbia de los hombres.

Junto á estos versos, hechos á compás de los ritmos de la tierra y del alma, hay en el *Llibre dels poetas* algunos que han brotado de esa otra fuente de poesía que se llama la evocación. Las figuras que en otras edades crearon los poetas son como perdurable corte de espíritu que con nosotros viene, arrulladora y misteriosa; pero aunque siempre nos acompañan, es peligroso decir de ellas, porque la misma unánime consagración de su carácter las hace inaccesibles, y es precisa una gran flexibilidad de intelecto para rimar de ellas de acuerdo con lo que ellas son; y es precisa también suma exquisitez de rima para no caer en la vulgaridad al decir acerca de personajes de quienes se tiene universal conocimiento. José Carner salva el doble escollo en sus evocaciones: discretamente envuelve al personaje en el ambiente, pero infundiéndolo en uno y otro la frescura y el aroma que son peculiares á su inspiración simpática, y su ritmo amable más sugiere que cuenta.

G. MARTÍNEZ SIERRA.

APELES MESTRES • • •

• • • • • LA BARCA

BARCELONA, 1903 • • •

Es *La Barca* un precioso y sentido poema lírico, que se desarrolla entre gentes de mar: una miniatura, una linda novela, que ha forjado el poeta con el corazón. Los caracteres están admirablemente, cariñosamente dibujados; el lenguaje de la poesía es real, sencillito y hondo, de gente buena y brava, hermana de la mar; y todo el poemita es tan tierno y tan dulce que llega con lágrimas al alma.

Amada es la figura del viejo marinero, que se ha pasado la vida haciendo barcas para las olas, y que ha querido entregar á su hija, el día de su santo — acaso el último que verá ya el buen anciano — una barca tal, como que ha puesto en ella todo el arte de sus manos y de su corazón. Y esta barca será el re-

cuerto que quedará de *padre*, muchos años después, cuando se haya ido con la muerte.

Esta ternura, forma todo el fondo del poema. Su estilo es enteramente popular, gentil y sóbrio; la acción se va desenvolviendo tranquila y reposada; y el desenlace — la barca nueva, gallarda sobre el agua — es un magnífico himno á la esperanza y á la dicha.

Es la mañana. El viejo marinero ha visto realizado su ensueño. Entre todos van empujando la barca, hasta que se balancea por fin, gentil y triunfal, sobre el haz inflamado del agua; y mientras la barca va entrando así en el mar, todos tienen en los labios una canción muy alegre, muy sin sombra y sin presagio. El buen anciano — yo lloro con él — dice, enjugándose una lágrima:

Vaja, no hi puch fer més! em pegaría,  
pero s'em nuha el cor...

¡Es que no es una filla, es que son dugas  
las que'm prenen d'un cop!

¡Y es verdad que se piensa con pena, que habrá un día, en que habrá muerto el anciano y la hija de su amor, un día en que la barca — ya vieja y despintada — no irá más á la mar y los que la vieren, tendida en la playa, no sabrán que tuvo una historia tan dulce!...

R. CANSINO ASSENS.

ANGEL GUERRA • •

• • • • • AL SOL

BARCELONA, 1903 • •

**A**l *Sol*, es una hermosa novela de costumbres canarias que se desarrolla toda ella bajo un sol deslumbrante y cruel, cuyo lampo de fuego se siente llamear, y como que lastima los ojos hasta el fin de las páginas. Revélase en ellas Angel Guerra como notable novelista para lo futuro; adviértese ahora en él un poderoso germen, todavía bullente y desorientado; corre por todo el libro un desasosiego nervioso, una como prisa, que demuestra que su estilo, fijo y claro en otro orden de cosas, aún no ha cuajado en reposo y dominio para la novela, y que necesitará aún algún tiempo para que su locución, despejada de incisivos fatigosos, nos dé clara y tranquila visión de las cosas.

Su novelita actual no es más que un boceto; boceto hermoso, ya lo he dicho, y promesa de obras completas y triunfantes; hay en ella paisajes bellísimos descritos con gran fortuna y acierto, y aunque la novela es *Al Sol*, también—¡oh, la luna vi-

sionaria, por los campos y en estío!—hay en ella la luna, la luna triste y de plata, que da congojas, cuando se la ve, tan alta, desde los caminos.

Hay en el libro, una cosa, que en mi concepto le perjudica y ensombrece: tal cosa es el prurito de decirlo todo, de explicarlo todo minuciosamente y con hartas palabras. Semejante defecto, muy común en los escritores que empiezan — extraño en Angel Guerra que ha ya tiempo que empezó—concluye á la larga, por dar al estilo un aire prosaico y machacón, ahoga las impresiones y fatiga el espíritu. Las mejores páginas de la novela, son aquellas que salieron más libres de esto, más sosegadas y desnudas.

Hay también en el libro un marcado naturalismo, que es una desgracia para su fondo de sentida poesía. Hay expresiones demasiado naturalistas, demasiado reales y groseras. Diráme Angel Guerra que el naturalismo es una plausible tendencia de arte, y que el ser naturalista no es cosa que deba reprocharse á un autor. Conformes. Pero es una lástima que Angel Guerra lo sea, y, sobre todo, que lo sea en este libro, que, por su asunto doloroso y humilde, está pidiendo una pluma amorosa llena de unción y de noble melancolía. Y digo tal cosa, por bien del artista, y porque la forma no le malogre bellos pensamientos y dulces páginas, en las que mi alma le da su aplauso y su admiración.

Si el autor me lo permitiera, yo —muy insignificante y muy último,—reconociendo sus raras cualidades de literato, le diría: Cuando escoja usted un asunto como el de este su libro, déjese de naturalismo, domine el afán de decir, y recogíendose más en sí mismo, hágase de las notas serenas y tranquilas que trascienden y penetran al alma. Tanto vale un autor por lo que escribe como por lo que deja de escribir.

Dígole esto—y él me perdone tal atrevimiento—porque esta novelita me parecería completa, un dramita tierno y conmovedor, de esos que ideaba la bella alma de Fernán Caballero, si no hubiese en ella ciertos prosaísmos y cierta cargazón de frases que la ahogan y que hacen que se lea con fatiga; y es una historia, tan triste, tan triste, como para estar dulcemente escrita y leerse muchas veces en una hora tranquila.

R. CANSINO ASSENS.

ALBERTO GÓMEZ IZQUIERDO • •  
 HISTORIA DE LA FILOSOFÍA DEL  
 SIGLO XIX, PRECEDIDA DE UN PRÓ-  
 LOGO DE MR. D. MERCIER, DIRECTOR  
 DEL INSTITUTO DE FILOSOFÍA DE  
 LOVAINE, XIX-600 PÁGS. • • •  
 • • • ZARAGOZA, GUSCA, 1903

Aquí, en esta vieja España ansiosa de regeneración cerebral apenas escriben ya filosofía más que dos clases de hombres: unos, los que la ponen en latín *ad mentem divi Thomæ é in usum scholarum*, á guisa de diccionario para interpretar luego el tecnicismo de la teología escolástica; otros, los que la traen al habla castellana entresacándola de los pensadores exóticos que están de moda, para saciar la insana avidez de modernismo *enragé* que parece ser en estos últimos años el criterio exclusivo de nuestras casas editoriales y el solo rumbo fijo de nuestra juventud intelectual.

El escritor que, como Gómez Izquierdo, quiera situarse en medio de los dos bandos en actitud de crítico neutral y de informador juicioso, corre el peligro de pasar inadvertido para unos y otros, porque su voz, templada y de una tonalidad media, como la verdad y la justicia en que se inspira, sea ahogada muy pronto por la gritería gárrula de tirios y troyanos. No es floja la tensión volitiva que se necesita para trabajar, con la serenidad del historiador, en medio de un ambiente sensible sólo á las efímeras palpitations del arroyo ó que, á lo más, se interesa únicamente por las extravagantes vesanias de un Nietzsche ó por los geniales atisbos de cualquier versátil pensador novísimo, como si la verdad fuera exclusivo patrimonio del cerebro contemporáneo. Para entibiar esta fiebre de ultra-modernismo, no deja de ser saludable un poco de retrospección, y Gómez Izquierdo ha querido, sin duda, facilitar la tarea á los jóvenes españoles presentándoles en un cuadro de vigorosas líneas la evolución que ha sufrido la mentalidad europea, desde el criticismo de Kant hasta los albores de la vigésima centuria.

La empresa está preñada de dificultades. Tratáse de fundir en un mismo libro dos obras muy diversas: un repertorio bibliográfico y una historia del pensamiento moderno. Esta, para ser científica, exige labor de síntesis, de generalización inductiva; aquélla, si ha de ser útil, reclama paciente investigación, análisis minucioso. Para la primera, ha de despojarse el autor de todo lo que signifique entusiasmo de escuela, prejuicio de

clase, apriorismo dogmático. Para la segunda, en un país, como el nuestro, aislado moral é intelectualmente de la vida europea, hay que sortear escollos insuperables: carecemos de revistas filosóficas que tengan al especialista al tanto de lo que pasa más allá de la frontera; precisa pues leer por sí directamente libros y periódicos de todo color y aun de todo matiz; interpretar escritos de pensadores cuya complexión psicológica dista del alma española tanto ó más que su lengua de nuestra lengua; analizar, en fin, sistemas etéreos por lo sutiles, cosmopolitas por su influencia, *in fieri* algunos por estar aun en vías de formación.

Gómez Izquierdo ha salvado estos obstáculos de la mejor manera posible. Los cuadros sintéticos que encabezan los varios períodos dan al lector, en fórmulas concretas, breves, cuasi algebraicas, el producto esencial y como alambicado de la complejísima trama de los sistemas, con sus filiaciones abigarradas, con sus influjos mútuos, con sus ideas madres. La sobriedad del estilo en esta parte está compensada por lo sugestivo del tecnicismo: todo lector medianamente habituado á leer filosofía encuentra en estos esquemas el hilo principal en cuyo derredor se cruzan y entrecruzan las fibras multiformes del pensamiento moderno.

Por lo que toca á la labor de análisis, es cierto que el autor confiesa implícitamente no haber leído por sí todos los filósofos de segunda fila, ni ¿quién sería capaz de semejante trabajo en medio de esta confusa babel de publicidad que nos ahoga? ni ¿para qué sería útil la lectura de muchos pseudo-filósofos, ecos torpemente serviles de un maestro genial, vulgo aborregado incapaz de otra cosa que no sea repetir como sacramentales fórmulas palabras sin ideas, desprovistas del espíritu que anima y vivifica? En cambio, una lectura copiosísima, variada, atenta y bien digerida de los grandes pensadores del pasado siglo palpita en todas las páginas de esta *Historia*, que revela en su autor envidiable erudición bibliográfica y un dominio no vulgar de los idiomas extranjeros. Imposible descender aquí á pormenores en confirmación de mi juicio. Léanse atentamente los capítulos que el autor consagra á la evolución del sistema kantiano, á la psicología contemporánea, á la escuela de Cousin ó al tomismo, y se verá cuán rico venero de información bibliográfica atesoran.

Alguien, no yo, encontrará una tacha en la exigua dosis de crítica que el autor ha puesto en las páginas de su *Historia*. Hay quienes creen todavía que al lado de cada sistema, de cada tesis, debe consignar el historiador su juicio personal, el elogio ó la censura. No es eso la historia. Pasaron ya felizmente los tiempos en que se la llamaba *magistra vitæ* torciendo el profundo

sentido de la frase de Tulio. La historia consigna hechos, analiza fenómenos para compararlos entre sí, para inducir de sus concordancias y diferencias la ley general, la esencia común. En esto radica, en la fecunda síntesis, su valor científico, no en marcar á cada fenómeno con el marchamo de bueno ó malo, aceptable ó inadmisible. Se dirá que esto es escepticismo, carencia de un criterio personal fijo que sirva de contraste para la labor crítica. Sea; pero yo estimo que al historiador le conviene esta actitud de prudente abstención en el juzgar. Los que no la adoptan, se exponen sin remedio á graves peligros. Primero, á vislumbrar el sistema del adversario parcialmente solo y bajo el engañoso prisma del propio sistema. Nadie como Fouillé ha ejemplificado este peligro, al comparar la actitud de esos historiadores con la del astrónomo que se obstinase en explorar todo el firmamento á través del tubo de su telescopio enfocado en una sola dirección. Otro peligro que se corre es el de embrollar los sistemas ajenos salpicándolos constantemente con ditirambos ó censuras, los cuales, además, habrán de ser por fuerza improvisados y prematuros, huérfanos del estudio analítico y profundo que reclama toda labor crítica, imposible por ello de asociarse á la labor histórica que es una síntesis.

Así lo ha debido entender el autor de este libro, tan repleto de hechos, científicamente ensamblados en viviente organismo, como exento de esotra mal llamada crítica que no concibe los sistemas adversos si no es vaciándolos en el molde de los propios; tamaña ilusión automórfica, que ha malogrado talentos apreciables en todos los campos y sobre todo en el escolástico, no la padece Gómez Izquierdo. Sin ser un escéptico (ni ¿cómo pudiera serlo lealmente quien profesa el doble sacerdocio de la religión y de la ciencia cristianas?) posee la fuerza inhibitoria suficiente para prescindir de su personal pensar en la exposición de los sistemas anticristianos ó indiferentes. Ni una sola frase de agria censura sale de sus labios al repetir las más atrevidas tesis del monismo ó del evolucionismo. Sólo la incoherencia de algunas metafísicas pesimistas como la de Nietzsche, ó la candidez infantil de esas cosmogonías ultra-materialistas, cual la de Haeckel, consiguen alterar su impasibilidad sugiriéndole lo único que ellas se merecen: la dulce ironía de un Petronio. Insisto en señalar esta apacibilidad de temperamento, por lo mismo que no es habitual entre nosotros, ardientes meridionales, ni menos entre los escolásticos españoles en cuyos libros vemos á cada página pasar por las armas á los más grandes filósofos sin formación de causa y vilipendiarlos por añadidura con las más gruesas frases del léxico.

Esta ecuanimidad, este equilibrio de que el autor da tan gallardas pruebas, no equivale sin embargo á la apatía. Gómez



Izquierdo tiene sus entusiasmos por un ideal filosófico. No pertenece seguramente á ese contado número de «espíritus que, como Montaigne, han logrado romper con igual fuerza, con igual lógica, el yugo de la razón y el de la fé» á que aludía poco ha Martínez Ruiz en *Alma Española* ocupándose cabalmente de este mismo libro. No pertenece á ellos, digo, por la elementalísima razón de que tales espíritus sólo han existido en la brillante y por mí envidiada fantasía del genial escritor. La sumisión á la autoridad es ingénita. Comenzamos á pensar creyendo. El yugo de la fe humana se nos impone inconscientemente en todo momento. El más escéptico presta fe incondicional á su propio pensar: es una fatalidad psicológica á que no pudo sustraerse ni el crítico de Kenisberg. Y viene luego el influjo del medio en que vivimos, la sugestión de lo que leemos, la huella que en nuestro cerebro dejan los prejuicios de raza, de patria, de profesión, de dogma. Imposible desligarse de tantos y tan apretados lazos. Y luego ¿para qué? Un hombre sin fe en algún ideal, no es hombre: carece de la parte emocional, acicate el más poderoso de las obras.

Por eso yo me siento optimista cuando advierto, en medio de la indiferencia reinante en materia filosófica, á jóvenes como Gómez Izquierdo, laborando constantes día tras día por la renovación de nuestro ambiente intelectual. Pocos pueblos reclaman como el nuestro una cruzada de este linaje. La escolástica, dueña y señora hasta aquí de los cerebros oficiales y de la juventud eclesiástica, arrastra en España una vida que no merece tal nombre. De los contados libros que produce más vale callar. Los seminarios vegetan rumiando textos inspirados en los escoliastas de la decadencia. Suárez, Vitoria, Cano, todos los renacientes, duermen bajo el polvo de las vetustas bibliotecas de nuestras catedrales. Rompióse con la fecunda tradición de nuestro siglo de oro, pero no para sustituirla por algo mejor copiado de fuera, sino para dormir más tranquilos al monótono són de las fórmulas de nuestros *summulistas*. Y así llegamos al siglo xx, sin advertir que la escolástica ha evolucionado vigorosamente fuera de nuestra patria, sin abrir los ojos á la renovación constante que se opera en el seno de todas las ciencias humanas y divinas, sin prestar atención á los tardíos ecos de reforma que nos llegan á través de las fronteras. Un día es Funck, el sagaz historiador germánico, que rehace la historia de la iglesia, armado de la crítica documental y sin destruir ni una tilde del credo católico. Otro día es Ireland, el genial prelado de San Pablo, que pugna por infiltrar en el vetusto tronco del catolicismo europeo la vigorosa savia de la joven América. Hogan, en vigorosos trazos bosqueja un plan de reformas para los estudios eclesiásticos, que la iglesia francesa se apresura á

poner en práctica. Mercier desde Lovaina acaudilla una brillante pléyade de jóvenes entusiastas que ansían la restauración de la escolástica medieval modernizada, algo así como un atavismo progresivo que, resucitando el espíritu del método tomista, condene á eterno olvido lo que el doctor angélico borraría hoy de sus propias obras.

¿Escucharán tan prudentes avisos los encargados de dirigir la vida intelectual de nuestro clero? Se dejarán al menos llevar por este nuevo rumbo que con mano tan firme les señalan hombres que, como Gómez Izquierdo, conscientes de la necesidad, aportan su concurso para satisfacerla? No soy pesimista por temperamento, pero tengo un motivo para temer: Gómez Izquierdo ocupa lugar ínfimo dentro de la jerarquía eclesiástica: no disfruta prebendas que den autoridad á su voz: es un simple clérigo consagrado á la enseñanza de la filosofía en un Seminario, y este cargo, aunque otra cosa parezca, si no da honra y provecho, menos todavía otorga influencia en las decisiones de nuestro episcopado relativas á la educación de los seminaristas. ¡Ojalá que mis pronósticos queden fallidos! Esto sería un síntoma de renovación. El prestigio de que goza en el mundo científico el nombre de Mercier, que con tan viva simpatía aplaude y patrocina la *Historia* de Gómez Izquierdo, hará quizá lo que éste por sí solo jamás conseguiría. ¡Es tan genuinamente español eso de necesitar nuestros ingenios el patrocinio y salvoconducto de los extraños!

MIGUEL ASÍN

SEVERINO AZNAR • • • •  
 • • EL AFFAIRE NOZALEDA  
 MADRID, 1904 • • • •

**M**E visita este folleto consolador. Un periodista de fibra, un luchador de intelectuales arrestos, un convencido de corazón, levanta su voz para defender al prelado dignísimo, blanco un día de las vociferaciones de la turbamulta apasionada y repleta de injusticias.

La figura del atribulado Arzobispo y su actuación en la trisísima entrega del Archipiélago filipino, surjen limpias y claras de las vibrantes páginas de Aznar. La verdad triunfa siempre, porque la injusticia no es eterna, y el calumniado sacerdote ha obtenido un señalado triunfo sobre sus enemigos y victimarios, reduciéndolos á obligado y perpetuo silencio.

Ni de vista conozco al R. P. Nozaleda, pero no pudo menos de conmoverme su paciente y resignada actitud ante los injustos desenfrenos de una oposición malévola y encarnizada. Desde el fondo de mi alma simpatiqué con el nuevo Job y creí en la justicia de su causa.

Hay en el folleto de Aznar párrafos de verdadero artista. La semblanza oratoria del Presidente del Consejo es uno de ellos. Plutarco, en su paralelo de Marco Antonio, nos presenta al tribuno arengando al pueblo romano, junto al cadáver de César, á quien Bruto acaba de asesinar. Bruto había amotinado á las turbas alhagando sus pasiones y justificando ante ellas su infame crimen. Los ciudadanos le aclamaban frenéticos y anatematizaban á los amigos de César. Bastó una simple peroración de Marco Antonio para que aquellas mismas turbas marcharan entre maldiciones y gritos de venganza á arrasar la mansión de Bruto. Creo en el poder de la elocuencia, como creo en los males de la lengua que el Eclesiastes condena; por eso paso mi vida cercado de espinas mis oídos para evitar la entrada de la calumnia y la mentira, y prestándolos atentos y ansiosos á los ecos de la verdad.

No llegan á la soledad de mi retiro las concupiscencias de escaramuzas políticas, pero se aleja é ilumina mi alma cuando la justicia triunfa, y resuenan en nuestros Senados y Congresos, imprecaciones ciceronianas que avasallan, inspirados períodos que dominan, acentos de verdad y buena fe que convencen y arrastran...

Acaso nuestros ciudadanos más ó menos pacíficos no lleguen hasta quemar las moradas de los demagogos que les enardecen é incitan, y, sin embargo, ¿quién sabe?... «Tres cosas, decía la »Biblia, hay difíciles sobre la tierra: seguir la huella de la serpiente sobre las piedras; la de la nave sobre las aguas, y la del pájaro en los aires; hay una empero imposible: seguir la del hombre en la mocedad.» Otra conceptúo también imposible: seguir la huella de los pueblos en revolución, y pongo á la historia por testigo de mis dichos.

El folleto de Aznar es obra de varón honrado, de periodista sincero, y de escritor fácil y culto. Merece plácemes de todo el que sepa pensar y sentir, y hallará favorable acogida en todo espíritu de buen temple.

C. NAVARRO LAMARCA.

ENRIQUE PIÑEYRO • • •

• • • • • ESPRONCEDA

• BULLETIN HISPANIQUE •

• • • • BURDEOS, 1903

ESTE estudio de Enrique Piñeyro sobre Espronceda es, más que crítico, biográfico. El autor admira á Espronceda como poeta lírico hasta el punto de considerarle superior á Zorrilla, y afirma que sólo en los versos de Quintana puede encontrarse algo que poéticamente valga tanto como las composiciones líricas de Espronceda. Trayendo luego á juicio la comparación inevitable del autor de *El Pirata* con Byron, conviene en la semejanza de temperamentos é ideales, aun cuando reconoce que la sátira, arma genial en Byron, es en Espronceda harto deficiente. Señala después la semejanza inicial de *El diablo mundo* con el *Fausto* de Gœthe, y la de algunos versos del *Canto á Teresa*, también los primeros, con otros del mismo poema alemán, y dice como en *El estudiante de Salamanca* es la carta de Elvira, imitación consciente de la que doña Julia escribe á don Juan en el poema de Byron.

El crítico biógrafo dedica larga parte de su estudio á narrar los amores de Espronceda con Teresa, y á delinear la situación política de España, que tanto influyó, sirviendo de ambiente, sobre la formación del espíritu atormentado y escéptico del poeta.

Trabajos de esta índole, escritos con el noble fin de vulgarizar en países extraños el conocimiento de nuestras glorias literarias, son verdaderamente dignos de aplauso: vaya el nuestro, sincerísimo, para la concienzuda labor de Enrique Piñeyro.

RAIMUNDO DE PEÑAFORT.

J. ORTÍZ DE PINEDO • • •

• • • • DOLOROSAS •

MADRID, 1904 • • • •

CERRÉ el libro desmayadamente, sintiendo esa vaga sensación de angustia que genera una buena obra. Comenzaba á anochecer. Hasta mi balcón venía un rumor confuso de chiquillería cantadora y locuela; de los rincones de mi cuarto salían cautelosas penumbras que iban cercándome.

Sobre la mesa, el libro yacía como olvidado. Parecía brotar de él, á manera de pebetero, una espiral de tenue humo. Ansias, tristezas, ensueños, añoranzas... El alma del poeta que surgía en visión seductora para juntar mis párpados y llenar mi frente de melancolía.

Nada tan propicio para una lectura grata como esa agonía crepuscular que borra los contornos, suaviza los rumores, empalidece el cielo y trae frescuras al espíritu. Pasan por las páginas figuras y paisajes con todo el relieve, colorido y hechizo de lo plástico; y es un desfilarse que flota en el aire cuando la lectura ha terminado y el alma, en libación creciente y entusiasta, apura el jugo del alma gemela, que destila el libro.

En *Dolorosas*, último libro del poeta Ortiz de Pinedo, he visto fielmente transparentarse su alma. Y ella tiene grande semejanza con la mía, porque es un alma sin oriente ni consolación, que duda, rebusca, implora, solloza, acometida de un vago anhelo, quintaesencia de todas las nostalgias y de todos los sentimientos.

¿Es *Dolorosas* un libro sincero, una túrdiga de honradez literaria, una confesión, un desfloramiento de un espíritu que flota entre penumbras grises? Yo entiendo que sí. Tras los renglones rimados de este libro yo he visto al hombre; cada poesía suya es una gota de su alma y de su sangre, de esa alma que se fatiga, de esa sangre que se inficiona á lo largo del espinoso caminar hacia la Conquista.

El poeta sufre con los humildes que se deslizan entre las muchedumbres tumultuosas de felices, despreocupados ó perversos, arrojados en indiferencia, en abandono, en soledad. Los amores del poeta son para la luna amarilla que protege con sus sonrisas las melancolías y quimeras de los amantes; para los niños, que no conocen aún el precio de una risa; para los ancianos que han encarcelado su vida entre dos recuerdos y suspiran por el reposo inmutable y eterno; para los jardines solitarios donde el silencio se pasea; para el otoño que entona el quejumbroso *wals* de la hojarasca á lo largo de las avenidas desiertas; para los vencidos, para los moribundos, para los desgraciados; para todos los rincones que invade la soledad, la quietud, la tristeza... La poesía de Pinedo es la poesía de la pesadumbre, la poesía del llanto. Pinedo piensa como Lamartine, y piensa bien. Hay más genio en una lágrima que en todos los museos y bibliotecas del mundo.

Pero Ortiz de Pinedo, como buen poeta, sueña mucho y sueña con todo. Y aunque sus soñaciones tengan predilección por las cosas más conmovedoras y sencillas de esta vida, también sueña con alegrías y luces y estrépitos. Espera al amor; le

espera para que acaricie sus horas y las haga reír; le espera para que su alma sacuda esa modorra que engendra el abatimiento unas veces, el hastío otras. Sueña con unos ojos azules que no quieren venir...

Yo me acuerdo del azul  
de unos ojos, y he pensado:  
¿dónde estarán esos ojos  
tristes, que estoy esperando?

Y también sueña con Mayo, con el mes bendito de las explosiones de luz y de las fiestas de la tierra y de las almas. Pero estas evocaciones de la vida sana y provechosa, aunque no carecen de relieve y colorido, no tienen tanta intensidad como aquellas que emanan ó nacen de la vida triste. O mejor: Ortiz de Pinedo siente más la amargura de vivir; en su alma hay un poco de pesimismo que recuerda al viejo, al horrible viejo Shopenhauer: Sentimos el dolor, pero no la ausencia del dolor...

Finalmente, *Dolorosas*, con preferencia á otros libros del mismo autor, es la confesión íntima y sencilla de un alma. Mi alma, generosa y sufriente, no alcanza á ver los defectos que en cuanto á la forma, tecnicismo, etc., puedan apuntarse, si es que realmente fuesen dignos de tan señalada mención. Hay en *Dolorosas* composiciones gratas en ritmo y ricas en sinceridad y ternura: paisajes tan sobriamente acabados como *Tarde mística*, *Las ovejas*, *Bajo la luna*, *Jardín cerrado*... Pero, ¿á qué citar?... Del libro, de todo el libro, emana ó fluye un aroma de delicadeza y ternura que no aturde, pero embriaga; y si Becquer dijo que la poesía es sentimiento, Ortiz de Pinedo es un poeta.

Leed *Dolorosas* y gozaréis meditando y sufriendo. El dolor tiene su voluptuosidad. *Dolorosas*, que es un libro amable, silencioso y simpático, tiene el desconocido encanto siniestro de las pisadas cautelosas que suenan en las habitaciones de los enfermos; el desconocido encanto arrullador de las palabras musitadas junto á la mujer, junto á la presentida en quien tanto hemos soñado...

EMILIANO RAMÍREZ.